

La Ilustración Artística



Año XIII

BARCELONA 8 DE OCTUBRE DE 1894

Núm. 667



ESQUILADOR, dibujo original de Baldomero Galofre

ADVERTENCIA

En el próximo número continuaremos la publicación de la interesante novela de Saint Jurs, con preciosas ilustraciones de Urrabieta Vierge, «La taberna de las Tres Virtudes.»

SUMARIO

Texto. — Verdades y mentiras, por R. Balsa de la Vega. — Perdida, por Alejandro Larrubiera. — Industrias artísticas. La orfebrería sevillana, por José Gestoso y Pérez. — «Audaces fortuna...» (Prosa prosaica), por P. Gómez Candela. — Nuestros grabados. — Elisa, novela. — SECCIÓN CIENTÍFICA: Varios. Grabados. — Esquilador, dibujo de B. Galofre. — Accidente en la vía férrea, cuadro de A. Solá y Vidal. — Un público indulgente, cuadro de T. Schmutz-Baudiss. — Meditación. Dulces miradas. Salida del baile. Dos amigos, cuatro acuarelas. — Pescadora de almejas. — Baile y cante, cuadro de R. Brugada. — La comida del preso, dibujo de J. García Ramos. — Sevilla. Muelle de Triana, dibujo de M. García Rodríguez. — El almirante chino T'ing. — Hoo-Chang; Sheh Shu Shang; Soo Hung Lung; Hoo King Yung, oficiales del «Chih Yuen.» — Figs. 1 y 2. Nuevo puente sobre el Hudson. — Leona con sus cachorros, escultura de A. Vallmitjana Abarca.

VERDADES Y MENTIRAS

No hay mal que por bien no venga. Al marasmo que en todo orden de cosas reina en este pueblo tan pletórico de actividades en otros días no lejanos, al silencio en que han caído esos eternos *Pangloss* de la panacea llamada política, débese que se haya prestado atención a las últimas disposiciones dictadas por el ministro de Fomento, referentes a la reorganización de la Escuela central de Artes y Oficios y especialmente a la de la segunda enseñanza.

Ya he indicado en estas mismas columnas algunas observaciones que me sugería la tendencia científica que a las enseñanzas de Artes y Oficios parecía imprimir el Sr. Groizard al crear los peritos electricistas. He creído deber mío — valiese por lo que valiese, — dada aquella disposición primera, advertir y aun protestar de la equivocación de bulto en que, a seguir el rumbo iniciado, caía el ministro de Fomento, pretendiendo dar un carácter exótico a las citadas enseñanzas, pues por exótico tengo lo de el conceder mayor importancia a las científicas que a las artísticas, en cuanto se refiere a las industrias patrias.

Pero volviendo por los fueros de la verdad, debo decir cómo, al conocer el decreto de reorganización de la Escuela central de Artes y Oficios, he rectificado mis prejuicios en gran parte, puesto que, así en el preámbulo del citado decreto como en su parte dispositiva — salvo algunos casos, — coincide con mis modestísimas opiniones el criterio del Sr. Groizard. Cree el ministro de Fomento, y a mi entender cree bien, que es menester levantar de su postración a las artes industriales y resucitar otras que son genuinamente españolas; y para lograr este fin se preocupa de que el alumno obrero adquiera una sólida educación, no solamente técnica por lo que corresponde al conocimiento del arte del dibujo, sino también por lo que atañe a la parte teórica, como es el conocimiento de la historia del arte y la de las artes decorativas especialmente y la estética en sus elementales principios.

Divide el Sr. Groizard las enseñanzas en dos grupos: uno el artístico-industrial, otro el técnico-industrial. Por lo que se refiere al primero, aun cuando es susceptible de ampliación en las asignaturas de que se compone y de modificación también en el modo de ser de éstas, sin embargo merece aplausos; no así en lo que atañe al segundo grupo, porque a mi juicio, ni está vista por completo su importancia, ni tampoco los medios más adecuados y fáciles para lograr un fruto positivo.

Cae el Sr. Groizard en la equivocación de creer que los talleres son absolutamente indispensables y que éstos han de ser montados en las escuelas, y además cae también en la aberración de suponer que todas las artes industriales son susceptibles de implantarse en las distintas regiones de la península.

Fuera molesto repetir aquí lo ya dicho respecto de las grandes dificultades que para montar talleres de los distintos oficios que existen tendría que vencer el Estado, a costa de grandes sacrificios pecuniarios. La mayor parte de esos talleres, si no todos, darían seguramente un resultado negativo, ó por lo menos muy deficiente. A poco de fijar nuestra atención en este particular y sin necesidad de recurrir a los datos que nos suministran las memorias que en Francia é Italia se han publicado no hace mucho tiempo, dando cuenta de las oscilaciones que sufre la producción industrial en ambos países con respecto a otros, podemos apreciar la casi inutilidad de las enseñanzas prácticas en talleres establecidos en las Escuelas de Artes y Oficios.

Supongamos que se monta un taller de ebaniste-

ría: primeramente el alumno se encuentra con que la labor habrá de limitarse a pequeñas construcciones, pues de otro modo el Estado vendría a hacer una competencia terrible a la producción particular, lastimando gravemente los intereses de ésta. En segundo lugar, el alumno no aprendería todos esos múltiples y precisos detalles que el aprendiz se ve obligado a hacer, como son, por ejemplo, las mecánicas todas de arreglo del taller, del cuidado de las herramientas, etc., etc., que poco a poco van familiarizándole, digámoslo así, con la parte ruda del oficio. En tercer lugar, la variedad de obras que en un taller particular se llevan a cabo durante el año enseña al aprendiz como es imposible que le enseñen aquellas otras obras que en los talleres oficiales se ejecutasen, puesto que en éstos tan sólo podrían hacerse en número muy limitado. En cuarto lugar, el aprendiz de oficio ha menester una práctica larga y constante, cosa que, como en los talleres del Estado, por la razón de no ser talleres productores, no podría tener, resultando que si teóricamente saldrían unos ebanistas llenos de conocimientos y procedimientos, practicando el oficio se verían acometidos muy a menudo por dificultades materiales no vistas resolver, ni por lo tanto resueltas por ellos, en la enseñanza oficial. Por último, el alumno vendría a ser gravosísimo al Estado, si como era de justicia éste le pagaba el jornal que con arreglo a sus conocimientos y adelantos percibe en los establecimientos particulares.

Esto por lo que se refiere a un oficio que tiene aplicación en todas partes; veamos ahora los inconvenientes de montar otro taller de otro oficio ó industria distinta, por ejemplo el de la metalistería.

Supongamos que en las distintas Escuelas de Artes y Oficios de España se da enseñanza al repujado, cincelado, nielado, etc., a cien alumnos — me parece que no me excedo en el número. — Dejemos ahora todas esas observaciones que respecto de las mecánicas interiores del taller he hecho más arriba, y vengamos al resultado práctico, no para el Estado, puesto que como he advertido, no había de convertirse en competidor de la industria privada, sino para el alumno. Supongamos que después de terminadas las enseñanzas, esos cien cinceladores y repujadores salen en actitud de buscarse la vida, inundando los talleres de Eibar y de Elgoibar y de algún otro punto, y que de esos cien flamantes artífices, veinte montan sus industrias, creando veinte establecimientos. Supongamos que todos ellos tienen caudal suficiente de dinero para construir *motu proprio* diez, veinte objetos de arte que les hagan honor como tales artífices, ¿adónde van en busca de mercado, cuando basta y sobra para las necesidades de éste lo que producen Toledo y las citadas poblaciones?

Seamos prácticos ante todo; examinemos fríamente primero cuáles son las necesidades que en artes é industrias tiene el país. No nos hagamos tampoco la ilusión de que fuera de España tendríamos desde luego un importante mercado capaz para sostener industrias como la apuntada. Bien sabe el Sr. Groizard, puesto que así lo dice en el preámbulo de su decreto de reorganización de los estudios de la Central de Artes y Oficios, que en todas las naciones de Europa, por lo menos las artes decorativas y las industrias artísticas vienen hace un siglo y algunas hace mucho más tiempo cultivándose y atendiéndose con gran cuidado, y que por esta razón están en gran auge, así en la parte técnica como en la puramente artística; y creer que pudiéramos hacerles competencia sería en muchos años, sería creer en una utopía.

Por otro lado los talleres oficiales no están hoy en gran predicamento, sobre todo desde que en Francia un delegado del ministro de Instrucción pública y de Bellas Artes probó con datos irrecusables cómo la industria artística francesa producía, comparativamente con la alemana y suiza, con cerca de un cuarenta por ciento más caro.

No; no son los talleres oficiales los que han de producir una nueva generación de artesanos y de artífices capaces de sostener toda competencia extranjera. Las Escuelas de Artes y Oficios están llamadas a ejercer una influencia educativa muy grande en la clase obrera; pero esta influencia ha de ser más bien de educación intelectual que de enseñanza práctica. Nuestros obreros necesitan en primer lugar darse cuenta del porqué químico, físico, artístico, mecánico, etc., ya de los materiales que manejan, ya de las razones estéticas del gusto. Necesitan saber, por ejemplo, por qué las combinaciones curvilíneas son más estéticas y se acomodan más fácilmente a múltiples combinaciones decorativas que las rectilíneas; por qué un estilo de mueblaje es más a propósito para un lugar determinado que otro; necesitan saber por qué no pueden aplicarse ciertas decoraciones a objetos de determinado corte; por qué los colores de la tapicería han de variar según la forma y el deco-

rado general de muebles y habitaciones. He aquí la misión de las Escuelas de Artes y Oficios en general.

Pero hay aún otro problema que resolver, y a la solución de este problema se opone el espíritu centralizador que viene dándose a las enseñanzas artístico-industriales especialmente. Porque la centralización mide con el mismo rasero el llano y la montaña, aplicando leyes que si por condiciones especiales son beneficiosas y de fácil implantación en unas regiones, en otras no pueden ser admisibles. Pongamos como ejemplo la región de Castilla la Vieja. En Béjar hay una escuela de Artes y Oficios. Allí la industria principal es, por razón de los productos naturales, pañera; pues bien, créense talleres de repujado ó de ebanistería ó de cerámica, y veremos los resultados que se obtienen.

No; no es la organización de las enseñanzas de artes y oficios problema fácil de resolver. Para esto es necesario contar con importantísimos factores, y los principales son las condiciones productoras de la naturaleza de cada región, las de la raza y sus elementos históricos; de otro modo todo esfuerzo será inútil, como lo fueron los hechos en este sentido por Carlos III y Fernando VI y aun por Carlos IV.

Por lo que el decreto de reforma de la segunda enseñanza toca al arte, digo con verdad que merece el actual ministro de Fomento un aplauso de gratitud por cuantos del arte se preocupan.

Una de las causas a que obedece en parte la indiferencia grande con que en España son miradas las bellas artes y la literatura, es el olvido en que se ha dejado la educación del sentimiento. Médicos y abogados y hombres de todas ciencias hay a millares, formando el núcleo principal de las fuerzas intelectuales de este país, que no pueden apreciar por sí mismos el valor inmenso que en el progreso humano y en la educación de los pueblos tienen — por supuesto, de modo por completo antipedagógico — las artes bellas y las letras. Por caso inaudito tengo que entre cien jurisconsultos uno sepa apreciar y por lo tanto admirar, comprender y sentir una obra de arte; lo general es oír: «yo no entiendo una palabra.» De esta ignorancia, de este defecto de educación, de esta omisión en la cultura universitaria proceden todas esas decadencias que se advierten, la del arte dramático, la del puramente literario, la de las plásticas, la sustitución del buen gusto por la chabacanería, la carencia de toda originalidad, el degustamiento.

Exíjese ahora en el nuevo plan de enseñanza, entre otras asignaturas, la de Estética y Teoría del Arte. Ahora bien: yo creo que esta asignatura no dará los resultados que el ministro de Fomento se propone, si para su enseñanza se omite la parte gráfica. La estética, si forma una parte importantísima de la filosofía y por lo tanto dentro de la alta especulación metafísica está de lleno, sin embargo no pueden olvidarse dos cosas, que son; la primera, que el jovencillo que va al Instituto ignora cuanto a metafísica se parece, y por esta razón no le es dable apreciar el valor que la Estética tiene, en cuanto es ciencia definidora de la belleza; segundo, que la Estética, por lo abstracto de su ser, como ciencia, es más razonamiento del sentimiento que producto de fórmulas concretas. Desde este punto de vista, por lo menos, tan sólo ha de verla y estudiarla el adolescente. Porque así como al estudiar Retórica y Poética, al lado de las reglas van los modelos, así para comprender, ó mejor dicho, para formar un gusto estético definido respecto de las obras de las artes plásticas, es menester que al propio tiempo de la explicación teórica de la forma en la arquitectura, en la escultura, en la pintura, de la importancia del color, vengán también las demostraciones gráficas.

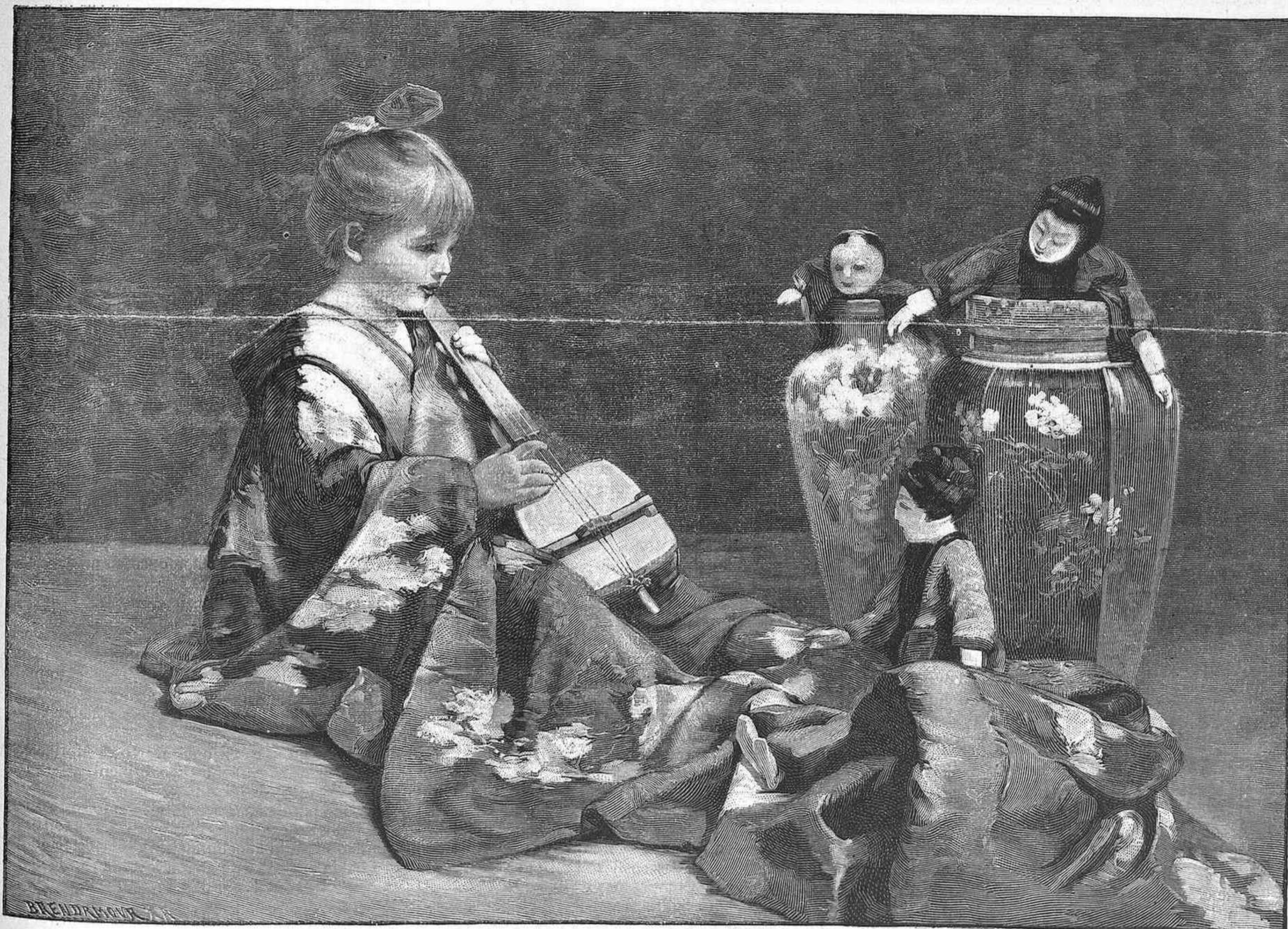
Gran diferencia existe entre la explicación oral de la belleza de un tipo ó arquetipo de la griega, ó del realismo de la del Renacimiento, ó de los idealismos arquitectónicos del estilo ojival, ó de la severidad del románico, y la demostración por medio de las combinaciones geométricas trazadas a la vista del alumno, ó de la enseñanza que recoger pueda frente a la estatua ó al cuadro, siendo el profesor, no un teorizante científico de la belleza, sino un conocedor práctico de ella, capaz de demostrar en el acto con el carbón ó la tiza en la mano cómo las fórmulas estéticas definidas en el libro, por la especulación filosófica alcanzan aquel grado de realidad efectiva en el lienzo ó en el mármol, que por intuición y sentimiento desarrolla el artista.

Porque es una afirmación irrefutable la de Delbeuf: «lo psíquico es irreductible a lo físico;» afirmación que si el pensador francés formula a propósito del idealismo en su expresión literaria, bien puede aplicarse al sentimiento en todas las manifestaciones de éste por medio de las artes plásticas.

R. Balsa de la Vega



Accidente en la vía férrea, cuadro de Andrés Solá y Vidal



Un público indulgente, cuadro de Theo Schmutz-Baudiss

PERDIDA

Caballero en un rucio, iba Joaquín el del valle de Toranzo, más atento á las múltiples ideas que poblaban su mente, que á regir la mansa bestezuela que, á paso no tan apresurado como fuera el deseo de su jinete, seguía carretera adelante.

Iba el mozo, que mozo era Joaquín y de los más garridos y acaudalados de la montaña, hondamente engolfado en los fines que á tal viaje le obligaban: que no en balde, lector, á verte en el trance del montañésuco, dejaras de pensar lo que él pensaba y de creerte que el tiempo detenía su curso tan sólo por el gustazo de retardar una gran dicha pacientemente anhelada día por día durante cuatro años.

Sin grandes circunloquios ni distingos, contaremos que nuestro hombre marchaba á la próxima estación ferroviaria, á recibir á su novia, que haría un lustro próximamente que se fué á Madrid en clase de fámula á probar fortuna, 'correr mundo y ver de reunir unos cuartejos con que santificar los legítimos deseos que en la inflamable juventud despierta el hijo de Venus: Amor.

Sin aventurarnos en el terreno de las hipótesis, bien puede afirmarse que á Joaquín antojábasele cangrejo la cabalgadura, interminable el camino y desesperante la humana condición, que de grado ó por fuerza tiene que rendirse á la realidad de los hechos, aunque el pensamiento marche con sorprendente celeridad.

Por fortuna, entremezclábanse los dulces recuerdos pasionales de aquella Mari de su alma y salían á plaza con resonancias de conmovedora fe sus juramentos:

— Cuando vuelva de los Madriles, nos casaremos, Joaquín mío.

A Joaquín, á pesar del tiempo transcurrido, aún le resonaba la frase: que tanto puede el amor cuando sinceramente se posesiona de un alma noble.

Prometábase el mozo sinnúmero de venturas, y mientras el rucio trotaba á un pasito acompasado por la irregular carretera, Joaquín veíase ya en la estación dando el abrazo de bienvenida á Mari... ¡Qué abrazo! ¡Como se abraza la felicidad que es nuestra vida!..

Arreglada la impedimenta del viaje á ancas del rucio, *ella* y *él* tornarían al hogar, á hora bastante avanzada de la noche, cuando sobre los campos relucen como brillantes los gusanos de luz y resuena mejor el monótono *jeloá! jeloá!* de las ranas de los regatos, el ronco canto de los sapos; cuando la luna mancha de melancólica blancura los tejados de la aldea que duerme, y sus resplandores se filtran por entre los claros de los millares de hojas de las cajigas, y sus tremendas copas, azotadas por el viento, se balancean con múltiples murmullos: misteriosos recitados de la oración que la naturaleza eleva en la noche siempre triste y medrosa...

Camino de la aldea ¡lo que hablarían los novios!.. ¡Lo que *ella* le contaría de la corte!.. ¡Lo que *él* le hablaría de la montaña!.. Un sin fin de cosas... Se detendrían mucho, muchísimo, en el gran capítulo... *El* pondría los puntos sobre las íes acerca de lo que más importaba á su anhelo de poner término al afán amoroso con los latines y bendiciones de rúbrica.

Casados ya, con los pocos ó muchos cuartos que Mari hubiera ahorrado en la corte, Joaquín compraría algún pradal ó tantos carros de tierra para sembrar borona. Ensancharía la propia hacienda, y el bienestar reinaría en el hogar poblado de chiquitines; porque, indudablemente, lo de los chiquitines sería la fija en su venturoso estado.

Así el magín fantaseando y el rucio siempre á un trote menudito, dieron caballero y caballería en la estación: una casita de un solo piso, con paredes terrosas y en su fachada principal adosado un gran reloj de doble esfera, iluminado por dentro.

Ató Joaquín la cabalgadura á la empalizada que circuía el edificio, y como persona que conoce el camino entróse bonitamente en el despacho del jefe, á tal punto entretenido éste en la más prosaica y perentoria de las necesidades: la de comer.

II

Oyóse á lo lejos el silbar de la locomotora, y el silbido, penetrando por el muy atento oído del mozo, llenóle el pecho de extraña congoja.

En la obscuridad brillaron las rojas luces del correo. Parecían estrellitas encarnadas que se deslizaban por la tierra manchándola con vivos resplandores de incendio.

El jefe de estación, embutida su obesa personali-

dad en un recio capote, salió al andén, trayendo debajo del brazo un rollo de papeles, en la izquierda mano un farol y en la diestra una campanilla que tintineaba suavemente al más leve movimiento de su poseedor.

— ¡Eh, Quico!, exclamó el jefe parándose al lado del joven y dirigiendo hacia las lucecitas rojas una mirada. ¿Esperas á alguien de la familia?..

— A Mari...

— ¿A Mari?..

— Sí; mi novia.

— ¡Ah! ¡Ya! ¿La que se marchó á los Madriles con los Sres. de Revuelta?..

— La misma.

— ¿Y viene para mucho tiempo?..

— Para siempre...

El jefe dió una palmadita en el hombro de su interlocutor, y le dijo con frase de zumba:

— ¿Te casarás con ella?.. ¿eh?.. ¡Que sea enhorabuena!

— Gracias, replicó el joven sin advertir el acento burlón que empleara el jefe.

— ¡Qué diablo!, prosiguió éste. Siempre es una proporción para ti, porque Mari, según se dice por la montaña, ha hecho fortuna en la corte... No me extraña, porque la chica lo vale... En diez leguas á la redonda no la hay más guapa.

— ¡Ya lo creo!, suspiró Quico.

El diálogo fué interrumpido por la llegada del tren, que hizo alto.

El jefe se retiró del lado del mozo, gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

— ¡Villabrín! ¡Tres minutos!..

Joaquín se acercó á los coches de viajeros del convoy ferroviario.

La mayor parte de las ventanillas permanecían cerradas, y á través de sus cristales, empañados, neblinosos, columbrábanse las cabezas de los pasajeros, dormidos en su totalidad... Así vistos, á la tibia claridad de las lámparas de los centros de los departamentos, parecían figuras de cera grotescamente agrupadas. Varias portezuelas se abrieron para dar paso á los que finalizaban allí su marcha: dos señores, una señora vieja y una señorita cubierta la cara con una gasa azul que partía del sombrero de viaje.

Quico, después de contemplar aquel grupo corrió á los coches de tercera clase, gritando á la desesperada:

— ¡Mari!.. ¡Mari!..

Nadie respondía.

El jefe de la estación paseaba á todo lo largo del andén, más por costumbre que por necesidad:

— ¡Señores viajeros, al tren!..

Hizo sonar la campanilla tres veces; silbó la máquina como si se diera por advertida de la orden de marcha; vomitó la chimenea una espesa bocanada de humo que pasó rozando, empujada por el viento, la lateral de los coches que daba á la estación; hubo el vaivén característico de los trenes al arrancar, y el correo, vomitando siempre humo y chispas de fuego, alejóse rápidamente hacia las negruras que envolvían la haz de la tierra...

III

Con el disgusto consiguiente, con la cara tristonada y desemblantada, negro el ánimo y acongojado el pecho, volvió Quico á ser caballero en el rucio.

Camino de la aldea, monologaba amargamente:

— ¡Compuesto y sin novia!.. ¿Qué le habrá ocurrido, Dios mío?.. ¿Qué será de mi Mari?..

Y discurriendo catástrofes, iba carretera adelante, sin preocuparse poco ni mucho de los precipicios ni de los pasos difíciles, ni tampoco de que en la vida los infortunios son como cerezas en cesto, que en sacando la primera, vienen detrás enlazadas una porción; ó lo que es lo mismo, que en tal noche, desdichada para el montañésuco, vino el dios Eolo á caer en la no muy agradable tentación para los mortales de corretear vertiginosamente por los cerúleos espacios, y en menos que se cuenta sopló sobre la corteza terrestre un viento huracanado que barría el polvo de la carretera, levantando espesas nubes que cegaban. El viento agitaba hasta humillarlas contra el suelo las copas de los árboles, las ramas de los arbustos; hacía cimbrar los troncos, tronchaba las matas, y al besar con furia loca los sembrados de maíz, tumbaba sus cañas unas sobre otras, arrancando de aquel mar de mazorcas en flor el mismo son que al Océano sus agitadas montañas de agua.

Joaquín echóse sobre la cabalgadura, entrelazando á su cuello los brazos, y de esta facha poco airoso, aunque el aire la originase, hubo de llegar á sus lares, no sin encomendarse por el camino una y mil veces á Santa Bárbara bendita, que en aquel trance,

como en otros muchos de igual índole, sacó con bien del tremendo aprieto á su devoto suplicante.

IV

Al día siguiente, domingo, se formó en la irregular plaza de la aldea el tradicional corro de los días de incienso: las mozas echaron sobre sus gallardas personas la falda de lujo y la chaquetilla de terciopelo, amén de colgarse al cuello los hilos con cuentas de coral fingido: los mozos lucían sus trajes de pana, las vistosas fajas anudadas al desgaire á la cintura, las camisas sin planchar, pero como el ampo de la nieve, las boinas azules, al hombro las chaquetas; las alpargatas y las varas de acebo completaban el atavío: las comadres no ponían en sus trapos tanto esmero: ¿para qué?..

El elemento joven tomó posesión del corro de la danza; los casados entablaron partido en la bolera; los viejos encerráronse en la humosa y lóbrega taberna á jugar al tute arrastrado y despachar unas cuantas jarras de vinillo de la Rioja; las viejucas, sentadas en los poyos de piedra del atrio de la iglesia, jugaban á la brisca, con cartas grasientas y abarquilladas por el uso.

Las mozas requirieron las panderetas, y la de voz mas recia soltó al viento la primera copla.

Así al baile comenzado á los ecos de las coplas y al repique de las panderetas, uniéronse los golpetazos de las bolas al estrellarse en los límites de tabla de la bolera; las risas, las voces y los murmullos de la gente que tan patriarcalmente santificaba las fiestas.

Cuando mayor era el bullicio apareció Joaquín en la plaza, con el semblante tristonado del hombre que sufre un grave disgusto: al verle, mozos y mozas, viejos y viejas, pusieron á cuchichear mirando con el rabillo del ojo la dirección que Quico tomaba.

Sin advertir la expectante curiosidad de que era objeto, el joven se dirigió resueltamente al corro del baile, sin duda para ver si alguien de los allí reunidos tenía noticias de Mari, ya que ésta no contaba en el pueblo con pariente alguno.

Presentóse, digo, entre los bailarines y se quedó parado de pronto y más atónito que si á sus pies acabara de caerse el mismísimo sol — y valga lo extraordinario de la imagen para mejor pintar el asombro de Quico al hallarse de repente con Mari, la propia Mari, sentada en uno de los bancos entre las mozas que no bailaban.

Y al detener los ojos sobre su novia, aumentó su estupor al verla con las trazas de un lujo desusado, escandaloso. ¡Si parecía una duquesa dignándose alternar con las zagalas!

Precedió una pausa angustiosa: enmudeció la cantora, pararon pies y manos... Los bailarines se dirigieron entre sí una mirada de imponderable curiosidad... ¿Qué iba á pasar?.. ¿Qué se dirían los novios?..

Mari intentó sonreír, pero no pudo.

Joaquín permanecía siempre con los ojos fijos en su novia.

Los espectadores casi respiraban para no perder una sílaba del diálogo que forzosamente había de entablarse entre los novios.

Pero no hubo tal: vinieron á tierra — con gran disgusto de los que ya soñaban con un espectáculo de los buenos — las esperanzas concebidas de riña, al notar el gesto terrible de Quico y el temeroso y avergonzado de Mari...

Sin decir una palabra, sólo en la mirada un destello de rabiosa indignación y en los labios el balbuceo de un apóstrofe terrible, que era la expresión dolorosa de un alma herida en lo más hondo, Joaquín giró sobre sus talones, y á paso rápido, como un autómatas, salió del corro, cruzó la plaza y desapareció por una de las callejas que en la misma desembocaban.

A solas en su cuarto, Joaquín dejóse caer á plomo en una silla, se cubrió la cara con entrambas manos abiertas, y dió rienda á su dolor, y con acento infinitamente triste, tembloroso por la rabiosa desesperación que le ahogaba, con voz que resonaba á lágrimas, musitó:

— ¡No!.. Esa no es mi novia... ¡No es Mari!.. ¡Vestido de seda, pendientes de brillantes, pulseras, sortijas, zapatitos de charol!.. ¡No: no es mi novia!.. Esa es una pérdida... Toda la vida que se la pasara trabajando no valdría lo que una de sus sortijas... ¡Por algo me dijo anoche el jefe de la estación que Mari había hecho fortuna en la corte!.. ¡Ya lo creo!.. ¡Viciosa!.. ¡Pérdida!.. ¡Mala mujer!..

Y aquel Quico que jamás supo lo que era llorar, lloraba ahora de una manera incansable al ver deshechos para siempre los grandes ideales de su vida.

ALEJANDRO LARRUBIERA



MEDITACIÓN, acuarela de Leonardo Wyburd



DULCES MIRADAS, acuarela de Carlton A. Smith, R. I.



SALIDA DEL BAILE, acuarela de Lucien Davis, R. I.



DOS AMIGOS, acuarela de Miss Juana M. Dealy, R. I.

INDUSTRIAS ARTÍSTICAS

LA ORFEBRERÍA SEVILLANA

(Conclusión)

II

Las más antiguas obras de platería sevillana (hemos dicho ya en otro lugar) de que nos quedan memorias, tienen su origen a raíz de la Reconquista de esta ciudad por Fernando el Santo, y a esta época corresponde el revestimiento de láminas de plata repujada con jaqueles de castillos y leones, que enriquece la preciosa efigie de la Virgen de la Sede, titular de la santa iglesia hispalense; análogos ornatos tuvieron las cuatro sillas con sus chapiteles, en que durante muchos siglos se ostentaron los simulacros de Nuestra Señora de los Reyes, San Fernando, D. Alonso X y doña Beatriz de Suavia en la regia capilla de nuestro templo metropolitano, preciosos adornos, de los cuales resta al presente el forro interior de la bovedita cortada por arista, que sirve de trono a Nuestra Señora, y también de estos mismos tiempos datan las chapas de plata que cubren el famoso tríptico relicario, a que llamamos *Tablas Alfonsinas*, que tal vez fueron obra de los cinceles de aquel insigne artífice Maestre Jorge, citado por el Rey Sabio en sus *Cantigas*, cuando narra el milagro del anillo que llevaba en el dedo San Fernando, quien se le apareció en sueños a su hijo y le ordenó lo pudiese en uno de los de la Virgen.

De la segunda mitad del siglo XIII, apenas si quedan documentos en los archivos sevillanos, por lo cual no es de extrañar la falta de nombres de *orebses* de este tiempo. Maestre Jorge y Lope Pérez, el último de los cuales figuraba entonces como cofrade de la hermandad del Pilar, son los únicos que podemos citar.

Ya en el siglo XIV, cuando el estilo mudéjar alcanzaba su mayor florecimiento y cuando la gloriosa monarquía castellana se cimentaba sobre las bases más sólidas, el poder real se engrandecía y comenzaban a sentir los pueblos los beneficios de una reorganización social, no es difícil entresacar de empolvados legajos nombres de artífices y aun noticia de sus obras, citando a este propósito los de Alonso y Bartolomé Fernández, Pedro González, Benítez y Sancho Muñoz, notable *orebse* el último que contrató con este cabildo, según carta de 15 de septiembre de 1366, la obra de «vna imagen de Santa María con su Fijo en braços y vn tabernáculo con imágenes relevadas en sus puertas, que sea la labor más fermosa é conveniente que pudiera ser... de plata, con esmaltes, piedras y aljófar,» alhaja inestimable, a juzgar por la descripción que de ella se hace, de la cual sólo nos resta la memoria.

Otra muy apreciada joya de esta época conocimos hasta el año de 1883, que se conservaba en la parroquia de San Vicente, de tanto más valor para la historia de la platería sevillana, cuanto que era el solo ejemplar con que contábamos, fabricado en la XIV centuria, y por consiguiente venía a ser para los sevillanos el eslabón que unía las producciones de los siglos XIII y XV. Nos referimos a un cáliz de plata sobredorada, con seis compartimientos en el pie, en cada uno de los cuales aparecía grabado y con restos de esmaltes translúcidos un pasaje de la vida y martirio del santo titular del templo. En el nudo mostrábase dos escudetes, con las armas de los Guzmanes el uno, y el otro con la imagen de San Vicente. En el brocal de la copa leíase con letras góticas: *Verum corpus Xpi natum ex Maria virginis*. Cúponos la suerte de descubrirlo, arrumbado como trasto inútil; recomendámoslo al párroco para que lo conservase con gran estimación, y este señor prefirió venderlo a un negociante, de cuyas manos pasó a enriquecer la colección del barón Spitzer para honra de España y testimonio de nuestra cultura. En el testamento del infortunado hijo de Alfonso XI, al enumerar las joyas que habían de ser distribuidas entre sus hijos, los alhaytes grandes y medianos en que estaban los balaxes que fueron del rey Bermejo con otras piedras, aljófares y alcorcés esmaltados, la *galea* ó galera de plata, la nao de oro con piedras y aljófar, las espadas de oro enriquecidas de igual suerte, especificase haber sido labradas en esta ciudad dichas preseas, que tal vez fueran obras de algunos de los maestros que citamos a continuación, por estimar que ven la luz pública por primera vez. Consta que en 1363 florecía en esta ciudad Lope Pérez y en los años de 1400 Sancho Benítez, Bartolomé, Juan y Alonso Fernández, Jerónimo Guillén, Pedro González y Manuel Pérez. En 1403 Alonso Martínez, Juan Ruiz y Alonso Fernández. En 1404 Simón Guillén, Alonso Hernández de Ecija, Juan González, Juan Fernández

Gallego, Alonso Martínez, Juan García y Ximénez que hace los sellos (dice el documento que tenemos a la vista). En 1406 Alonso González y Guillén Martín, y en 1408 Pedro Lobete. Aunque estas fechas corresponden a los albores del siglo XV, fácilmente se comprenderá que, calculando a estos artífices una mediana edad, pudieron ser coetáneos de D. Pedro I.

A medida que los años transcurrían y más nos aproximábamos a nuestro engrandecimiento, las costumbres suntuarias alcanzaban a todas las clases sociales, y con tales estímulos no es de extrañar que en las grandes poblaciones, como Sevilla, el número de orifices y plateros fuese tan extraordinario, por las infinitas aplicaciones que tenían los productos de tan rica y apreciada industria artística, lo mismo aquellos que se destinaban a enriquecer el mobiliario, como los que se aplicaban a la indumentaria religiosa y civil, tan ostentosa y deslumbrante, que apenas si hoy podemos formar juicio algo aproximado de lo que fué. *Los Libros de Fábrica* de esta catedral y los Inventarios de las casas de nuestros magnates son los más ricos arsenales que pueden consultarse para apreciar debidamente el fausto de corporaciones y particulares durante los siglos XV y XVI.

Entre los muchos nombres de plateros hispalenses que hemos llegado a reunir, que florecieron en la primera de las citadas centurias, merecen ser conocidos los de Maestre Guillermín (1434), Hernando, Juan, Pedro y Rodrigo de Córdoba (1480-84), Gonzalo y Diego Fernández (1435-1461), Francisco Gentil (1477), García, que en 1485 ocupábase con sus oficiales en fabricar «vn jaez» por encargo del Rey Católico, obra de tal valía, que según carta de aquel monarca, fecha en el Real sobre Ronda a 21 de mayo del año citado, el artífice y sus operarios quedaban exentos de todo pecho, mientras estuviesen ocupados en dicho trabajo. Aquel jaez destinado para el caballo de D. Fernando V, debió ser una verdadera obra de arte, si tenemos en cuenta las descripciones que nos quedan de otros de la misma clase, en los cuales la plata repujada y sobredorada a veces aplicábase sobre los cueros ó el terciopelo, en las almártagas, petrales y sillas, ya en láminas sujetas con primorosa clavazón ó ya como colgantes en los petrales ó gruperas quedaban luciendo los mil primores de sus grabados y esmaltes. ¿Qué extraño que a estos objetos se aplicase la plata labrada, si tenemos noticia de haberse enriquecido con láminas repujadas de aquel metal y de oro ornamentos episcopales, como fueron los de D. Diego Deza, que en 1549 encargó este cabildo al platero Francisco de Castro toda la obra de plata, oro y esmaltes, invertidos en la restauración de la capa y casulla de aquel ilustre prelado?

Otro artífice coetáneo del mencionado García, que también hubo de gozar del aprecio de sus contemporáneos, fué Juan de Oñate (no Donante, como le llaman Ceán Bermúdez y otros), el cual tuvo a su cargo la labor de plata de nuestro templo metropolitano, desde 1497 a 1512, y que mereció de los Reyes Católicos carta de hidalguía, expedida en 18 de noviembre de 1499: pocos años después emplearonlo en la acuñación en esta Casa de Moneda.

Ya que no nos sea posible consignar las noticias de las obras ejecutadas por los muchos maestros que florecieron en Sevilla durante el siglo XV, citaremos los nombres de algunos de los más principales. En 1421 Juan García y en 1425 Andrés López. En 1433 Fernán López, Bartolomé Martínez y Pedro Martínez *el Mozo*. Dos años después hallamos a Luis González y Bernal Sánchez, Diego González de Escalona, Gonzalo Romo y Pedro Sánchez Moreno vivían en 1447. Gonzalo de Sant Andrés, Diego Rodríguez, Pedro Melgarejo, Alonso García, Francisco Gentil, Pedro González, Diego Martínez *el Mozo* y maestre Enrique de Portojal encuéntrase citados en documentos de los años desde 1464 a 1473, y en las postrimerías de la centuria a que nos venimos refiriendo, figuran los nombres de maestre Pedro, García y López Rodríguez, Bartolomé Sánchez, Hernando de Valladolid, Juan de Castro y Pedro de Córdoba.

Entrados ya en el siglo XVI, fácil nos sería ofrecer a nuestros lectores larguísimo catálogo de orfebres y orifices; pero ya que por la índole especial de estos artículos nos esté vedado, daremos cuenta de algunos nombres tan sólo, citando a la ligera las ricas preseas que salieron de sus talleres, unas que existen y otras que los hombres ó los tiempos han hecho desaparecer. Dos maestros, alemanes tal vez, Nicolás y Marcos, ocupáronse en fabricar una Custodia para nuestra basílica, desde 1513 hasta 1520, y si consideramos el gusto artístico entonces dominante y el esmero de este cabildo catedral de dotar su iglesia con notables joyas, no creemos equivocarnos al suponer que aquella sería una inestimable producción

al estilo ojival florido, en la que se apreciarían los primeros destellos del Renacimiento italiano, que a la sazón tan hábilmente supieron combinar los orfebres españoles. Esta obra sospechamos que fué fundada y aprovechada por Juan de Arphe en su soberbia Custodia. Consérvanse en el tesoro catedralicio dos arquiteas de unos 0,70 de largo por 0,30 de alto, que guardan las reliquias de San Servando y San Florencio, las cuales pueden ser estudiadas como obras acabadas en su género: son repujadas y sus ornatos de medallas, tallos serpeantes, ángeles y estípites encantan por su corrección y finura. Según parecen revelar sus ya gastados *punzones*, fueron trabajadas en Sevilla por Diego Bezerra, artífice del cual sabemos tan sólo que en 1554 era marcador y veedor del arte y que vivía aún en 1568. Diego de Vozmediano tuvo a su cargo el *adobio* de la plata de esta santa iglesia desde 1524 al 43, y entre otras cosas hizo una Custodia pequeña para el Santísimo Sacramento con las esculturas de seis apóstoles, la cual tampoco existe. Hernando de Ballesteros ejerció el mismo cargo que el anterior desde 1551 a 1593, y sabemos que hizo dos cajas para reliquias; que reparó las Tablas Alfonsinas y otras alhajas, y que de sus peritísimas manos salieron los famosos cuatro blandones de plata repujada llamados *los Gigantes* por su gran altura, obras de singular mérito. Le sustituyó Francisco de Alfaro, autor de una notabilísima joya, como es el tabernáculo ó sagrario del altar mayor de esta catedral, y los magníficos atriles del mismo; obras las más perfectas y acabadas que conocemos entre las de su género. Florecieron en el mismo siglo Hernando de Antequana (1534), Bartolomé y Francisco de Baena (1534-1554), Alonso de Angulo (1553), Luis de Alvarado (1567), Jerónimo Andino (1581), Hernando y Luis de Armenta (1559-69) y otros cuya lista sería interminable. Finalmente corresponden al XVII Diego y Miguel Arias (1608-28), Pedro de Almaguer (1618), Lorenzo de Azbusula (1647), Simón Andrés (1651), Luis de Acosta (1664), Bernardo Andino (1670), Antonio de Andrade (1675) y Francisco de Astudillo (1680).

No puede menos de contristarse el ánimo cuando al visitar los templos, museos y ricas colecciones de particulares y cuando tras pacientísima investigación de documentos comparamos la pobreza actual con las magnificencias de otros días. Sin que se nos moteje de pesimistas, creemos que no lucirán de nuevo para nuestra patria los brillantes resplandores de la cultura pasada: por eso alzaremos incesantemente nuestra desautorizada voz, solicitando de las corporaciones municipales y provinciales y de las Academias, Ateneos y demás institutos que estimulen y fomenten la publicación de obras destinadas a ilustrar la desconocida historia de las industrias artísticas nacionales; pues si somos incapaces de darles nueva vida, queden a lo menos para las generaciones venideras salvados del olvido tantos y tan grandes testimonios de nuestra grandeza.

JOSÉ GESTOSO Y PÉREZ

«AUDACES FORTUNA...»

(PROSA PROSAICA)

Nació en la montaña, se educó en el llano, aprendió política de campanario en la capital de su provincia, hizo sus correrías por Madrid, desempeñó destinos, logró una fortuna y se firmaba Juan, llamándose Pedro.

Juan ó Pedro, pues el nombre no añade nada a la persona, había tenido mucha suerte, pero la verdad es que la tenía merecida. Desde muy pequeño resolvió hacer carrera a toda costa, como si fuera un inquilino que decide mudarse de casa, y desde entonces su conducta no tuvo otra norma que *llegar*, llegar ¿adónde?, muy alto; él no sabía adónde, pero el caso era lograr la atención de sus conciudadanos, ser rico, disponer de destinos y pasar por algo bueno, por hacendista ó por químico, por cualquier cosa, con tal de que las gentes creyeran que el pequeñuelo de la aldea, desarrapado y sucio, había venido a ser poco menos que una gloria del país.

La envidia de aquel jovencillo que ayudaba al sacristán del pueblo en sus faenas, que más tenían de domésticas que de religiosas, fué un sentimiento que dió magníficos resultados en el porvenir del muchacho. Cuando iban al pueblo los señores de la corte a preparar el distrito, asegurando con imaginarias concesiones de carreteras la elección del diputado, Periquillo abría los ojos y la boca de par en par y les oía embobado todo lo que decían. Solía no entenderles gran cosa, ¡hablaban tan bien!, pero el chico adivinaba demasiado que aquello de las carreteras eran



Pescadora de almejas, de una fotografía de R. W. Robinson

galas en la Comisión provincial. Pedro se enfadó mucho; inspiró una campaña en defensa suya en los dos periódicos de su partido; arreciaron los insultos los diarios del bando contrario; el diputado se vió muy comprometido; sus enemigos tenían pruebas contra él; pero él, en cambio, tenía dinero y entabló una querrela criminal por injuria y calumnia contra los que se permitían dudar de su honradez acrisolada.

Sin embargo, el diputado llevaba la peor parte en la pelea; la gente principiaba á señalarle con el dedo, y Pedro, quién sabe si pensando en que no tenía más salida que aquella, desafió al promotor de la escandalosa campaña.

El diputado no había cogido en su vida un sable, pero no podía retroceder: perdida su carrera, de nada le servía la vida; nada le importaba, por consiguiente, que su adversario, un espadachín de primera, le atravesara de parte á parte.

Llevóse á cabo el desafío: hasta en el terreno del honor arriesgó Pedro la vida. Quedóse al descubierto, vendido, á merced del acero del otro: extendió el brazo, movió el sable en extraño hendiente, y... logró rajar la cabeza al difamador, al primer matachín de la provincia.

El diputado se hizo simpático y quedó á cien codos de altura: es la ventaja de los que vencen á los matones de oficio. Así fué como acabó aquella campaña que á otro que no hubiera sido el héroe de mi narración hubiérale desprestigiado. Así fué como aquel hombre se hizo popular.

Ya entonces nuestro hombre no se paró en barras: aquella aureola de caballerosidad le hizo ser aún más arriesgado. Hizo el amor á la muchacha más rica de la ciudad, y casi sin conocer á la muchacha se casó con ella.

Buena dote y mejores relaciones en el distrito, hicieron que D. Pedro se presentara diputado á Cortes, que ganara la elección y que viniera á Madrid.

Desde entonces su carrera ha sido una carrera loca, desenfadada. Fué director general, subsecretario, ministro, prohombre..., cuanto había soñado allá en el chiscón del almacén de vinos.

promesas que no se cumplirían hasta que él fuera ministro ó gobernante.

El chico tomó un día el camino de la capital de la provincia; desapareció del pueblo, donde nadie le echó de menos, pues era huérfano, y entró de aprendiz en un almacén de vinos. ¿Quién le recomendó? Si hubo alguno que lo hizo, Perico no llegó á enterarse; se recomendó él mismo presentándose al dueño con aquel desparpajo que le distinguía.

Después de ahorrar algo, no llegaría á veinte duros, Perico puso todo su capital en un negocio muy arriesgado, en la introducción de matute en la ciudad: cuando aumentaba el dinero de Pedro, ascendía el chico en la tienda y principiaba á discutir de política local, entrando á aumentar el número de amigos políticos de un visitador de fielatos.

Al año siguiente hubo motín en el pueblo y el tabernero tomó activa parte en el alboroto. Por entonces, cuando se exponía á perderlo todo y estaba á pique de ir á la cárcel, Perico era ya el encargado del despacho de vinos, la persona de confianza del tabernero.

Pedro empezó á ser feliz.

Pero la felicidad duró poco: murió el dueño; los acreedores se echaron como lobos sobre la tienda, y Pedro se quedó en la calle, castigo que le dieron los testamentarios por haberles querido armar varios embrollos.

Entonces tendría ya el héroe de mi historia unas cuatro mil pesetas ahorradas. Harto sabía él que con aquello no había para grandes empresas, pero por lo mismo era cosa de jugar con ellas un albur. Si Pedro hu-

biera sido jugador las hubiera puesto á una carta, pero Perico tenía otras aficiones y las puso en unas elecciones, presentándose candidato á diputado provincial.

Y Pedro se las arregló de modo que su candidatura triunfó en toda la línea.

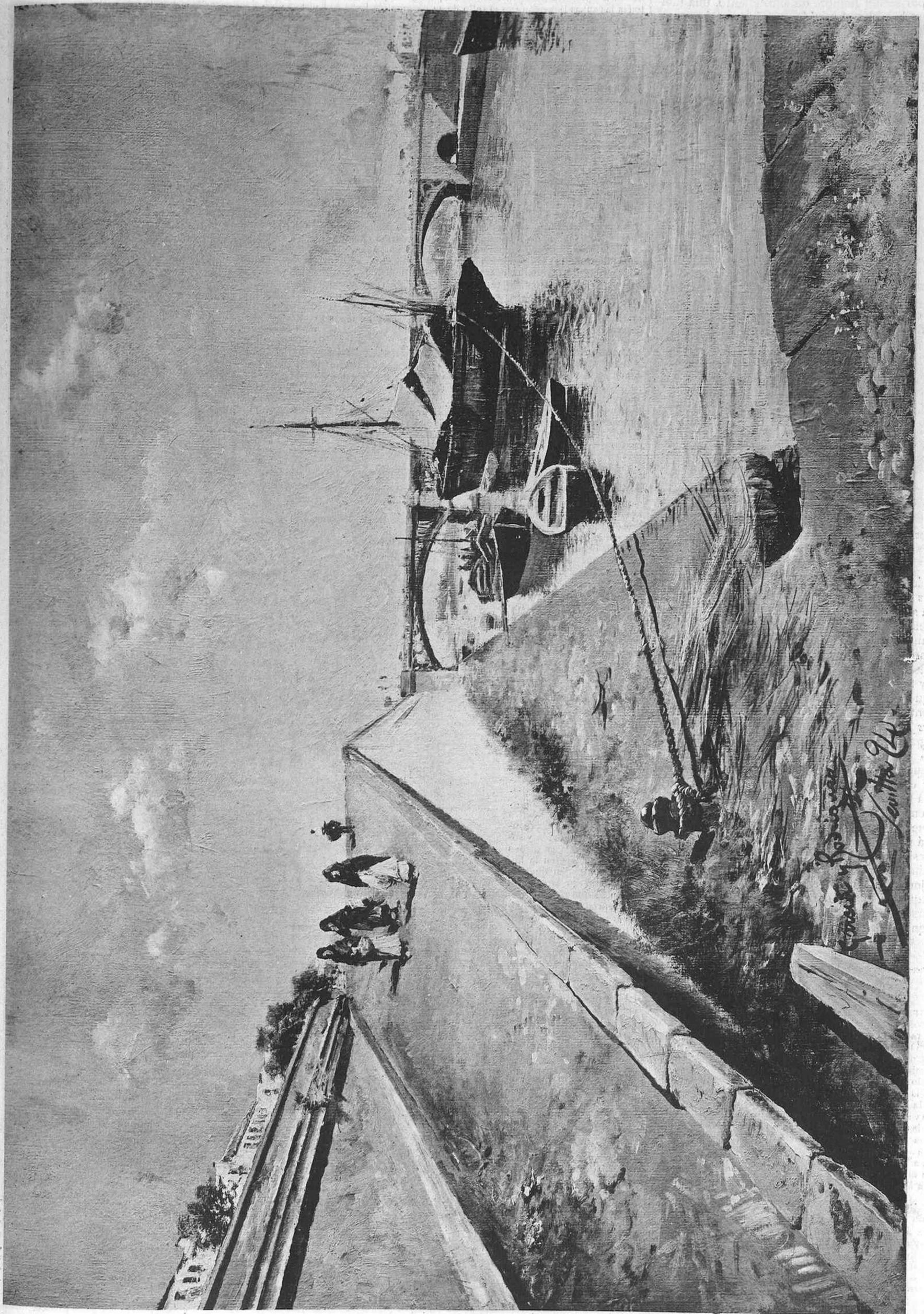
El antiguo dependiente del almacén de vinos estuvo mucho tiempo sirviendo los intereses de la provincia y arriesgándose cada vez más en conciliábulos políticos. Algunos murmuradores se permitieron entonces afirmar que D. Pedro, porque ya le daban tratamiento, estaba haciendo chanchullos y martin-



Baile y cante, cuadro de Ricardo Brugada



LA COMIDA DEL PRESO, dibujo original de J. García Ramos



SEVILLA. - MUELLE DE TRIANA, dibujo original de Manuel García Rodríguez

Y no era esto solo lo mejor, sino que el político pasaba por ser un hombre de gran talento, una lumbrera que honraba al partido que le contaba entre sus afiliados.

El otro día se publicó una vez más, y van lo menos ciento, la biografía de este hombre famoso, que trata á los jefes de los gabinetes europeos como de igual á igual.

En la biografía consignábase que había sido diputado un millón de veces, que tenía un sin fin de con-



El almirante chino TING, que mandaba la escuadra china en el combate naval librado junto á la desembocadura del río Yalu

decoraciones, que era título de España, que pertenecía á las primeras asociaciones del mundo..., qué sé yo, una serie inacabable de méritos.

Yo pensé que faltaba su rasgo distintivo y su mayor mérito: allí no se consignaba ni su audacia ni su historia verdadera, mucho más digna de alabarse, con todos sus defectos, que su carrera externa, aparatosa y falsa.

Porque como dice Paca la trigueña, la antigua confidente del ex ministro, traduciendo el aforismo *Audaces fortuna juvat*, que siempre tiene en la boca mi biografiado: «De los desahogaos es el reino de los cielos.»

Y tiene razón; porque si la historia es vulgarcita, no por eso deja de tener su filosofía, tan amarga como la frase de la Paca.

Sin embargo, la verdadera historia tiene también algo que consuela: el pueblo donde el prohombre ayudó á misa cuando chicuelo, tiene hoy una magnífica iglesia, una hermosa carretera y una línea férrea. Por último, para los naturales de aquella región son los mejores empleos del Estado.

Hay quien protesta de los monopolios, pero deben admirarse las gratitudes.

No quita lo audaz á lo reconocido.

P. GÓMEZ CANDELA

NUESTROS GRABADOS

RECTIFICACIÓN. — El cuadro *Costumbres españolas* que publicamos en el número 660 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA no es obra de Luis Alvarez, como dijimos, sino de D. Eugenio Alvarez Dumont, cuyo nombre, bien reputado en el mundo del arte, no es desconocido para nuestros lectores que han podido admirar en este periódico otros lienzos suyos, entre ellos el titulado *Malasaña y su hija*. *Episodios de 1808*. D. Eugenio Alvarez Dumont, alumno que fué de la Escuela de Bellas Artes de Madrid y profesor de dibujo en la de Artes y Oficios de Béjar, ha sido pensionado por oposición en Roma, habiendo logrado las mejores calificaciones. Ha obtenido honrosas y justas recompensas en certámenes nacionales por varios cuadros, de los cuales los más importantes son el ya citado *Malasaña y su hija*, adquirido por el Estado, y *Trafalgar*, premiado con segunda medalla en la última Exposición internacional celebrada en Madrid.

Esquilador, dibujo original de Baldomero Galofre. — Conforme hemos ya dicho en otra ocasión, Galofre consagra á la noble y laudable empresa de reproducir tipos, cuadros y asuntos nacionales gran parte de su actividad y de su ingenio. Charros salamanquinos, robustos astures, severos leoneses ó gallardos majos andaluces, cabalgando en soberbios caballos ó conduciendo las yuntas de bueyes que arrastran pesadas carretas al través de los verdes prados de Castilla, cobran vida y forma por el esfuerzo de la brillante paleta del artista y de su portentosa fantasía.

El *esquilador*, que reproducimos, forma parte de la copiosa colección de apuntes, dibujos y cuadros que ha ido reuniendo Baldomero Galofre en sus peregrinaciones artísticas por las re-

giones de la península. A su galantería debemos la satisfacción de dar á conocer á nuestros lectores una obra más, que como todas las suyas lleva consigo el sello de su personalidad.

Un accidente en la vía férrea, cuadro de Andrés Solá y Vidal. — La autoridad, representada por la pareja de mozos de escuadra, y varios vecinos del inmediato pueblo, rodeando el cadáver del infortunado labriego á quien arrolló el tren durante la noche, constituyen el asunto del cuadro del Sr. Solá y Vidal, de carácter verdaderamente local y hábilmente estudiado. La agrupación de las figuras, la hora y hasta el terreno denotan estudio y observación, así como los propósitos del artista, que impuesto de los conceptos que informan la pintura moderna, inspirase para la producción de sus obras en hechos de la vida real, en cuanto pueda servir para dar á conocer la época en que vivimos.

Sobrio y exacto en el colorido, revela el Sr. Solá y Vidal cualidades recomendables, que cuando llegue á poseerlas en alto grado le reportarán fama y provecho.

Un público indulgente, cuadro de Theo Schmutz-Baudiss. — Este bellísimo cuadro de costumbres japonesas, sin ser de aquellos que por su asunto interesan profundamente, resulta por su sencillez, por su misma inocencia, una pintura encantadora: la seriedad con que la preciosa niña pulsa las cuerdas del bandolín, cual si de veras estuviera tocando delante de un público compuesto de personas de carne y hueso en vez de los muñecos que constituyen su auditorio, es de un efecto cómico delicioso y hace asomar á los labios una de esas sonrisas que son siempre el mejor aplauso tratándose de obras de arte del género de la que reproducimos.

Cuadros de la Exposición del Real Instituto de Acuarelistas de Londres. — Entre las principales asociaciones artísticas londinenses ocupa uno de los puestos más eminentes el Real Instituto de Acuarelistas, cuyas exposiciones anuales son la síntesis de los progresos y tendencias que durante el año se han manifestado en esa rama importante del arte pictórico. De las obras expuestas en el último certamen hemos escogido para reproducirlas en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA cuatro que merecieron los más entusiastas elogios de la crítica y del público en general: *Meditación*, busto de ejecución sobria y de expresión perfecta; *Dulces miradas*, encantador estudio de figura y de paisaje que encierra todo un poema, por decirlo así, en las miradas que se cruzan entre el cazador y la criada de la granja; *Salida del baile*, cuyas figuras están trazadas con tanta corrección como elegancia, y *Dos amigos*, cuadro bellísimo bajo todos conceptos, en el que sin más elementos que una deliciosa niña, un perrillo paciente y unas cuantas macetas con flores el pintor ha sabido formar una composición sentida y acabada.

Pescadora de almejas, reproducción de una fotografía de R. W. Robinson. — Diferentes veces hemos hecho notar que la fotografía, saliéndose de los moldes rutinarios en que un tiempo estuvo contenida y sobre todo puesta en manos de quienes sienten la belleza y entienden que ese procedimiento sirve para algo más que para la simple reproducción de cualquier persona ó de un objeto cualquiera, puede producir verdaderas obras de arte; y no nos hemos limitado á afirmarlo, sino que lo hemos probado reproduciendo algunas obras fotográficas de carácter eminentemente artístico que justificaban de un modo cumplido nuestro aserto. La que hoy publicamos entra de lleno en este género, y el efecto que su contemplación produce en nosotros es el mismo que nos causaría la vista de una copia de un buen cuadro.

Baile y cante, cuadro de Ricardo Brugada y Panizo. — El cuadro que reproducimos, recuerdo de una excursión artística á la región andaluza y premiado en la Exposición de Munich, denota desde luego en su autor, aparte de su atinada composición, condiciones de buen colorista. Cierta es que por la brillantez de sus tonos los típicos trajes andaluces prístanse á formar bellas combinaciones; mas para que el conjunto no resulte inarmónico, precisa acierto y aptitudes para fijar en el lienzo sus ricos colores, y estos escollos, ya que tales son para el artista, logró vencerlos el Sr. Brugada, produciendo á la vez una escena de costumbres de nuestras provincias meridionales.

La comida del preso, dibujo original de J. García Ramos. — Varias veces nos ha procurado el Sr. García Ramos la satisfacción de poder reproducir en las páginas de

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA algunas de sus notables producciones, pero justo es confesar que la que figura hoy en esta revista supera á las anteriores, puesto que constituye un verdadero cuadro admirablemente sentido y magistralmente interpretado. La gallarda figura de la infeliz mujer que con el tierno hijo en los brazos, angustiada y apenada, lleva la comida á su marido preso, cuyo expresivo semblante divíbase á través de los barrotes de la férrea reja, están observados con singular exactitud, notándose una ejecución correcta y un modo especial de trazar los escorzos y modelar propios de un maestro.

La comida del preso revela que García Ramos es tan buen pintor como inspirado artista.

Sevilla. Muelle de Triana, dibujo original de Manuel García Rodríguez. — Bellísimo, como todas sus producciones, es el dibujo del discreto pintor sevillano, que reproduce el pintoresco muelle de Triana, rincón lleno de encantos, así para el artista como para el poeta, de la hermosa ciudad del Guadalquivir. Por extenso nos hemos ocupado varias veces del artista y de sus obras, por cuyo motivo hemos de limitarnos á llamar la atención de nuestros lectores acerca de la que nos cabe el gusto de publicar, recomendable bajo todos conceptos y muestra inequívoca de las cualidades de Manuel García Rodríguez, en quien ha de reconocerse un pintor de temperamento y uno de los dignos campeones de la moderna escuela sevillana.

El almirante chino Ting. — Oficiales del buque chino «Chih Yuen» (de fotografías). — En medio de las contradictorias noticias que del teatro de la guerra chino-japonesa nos llegan, claramente se ve que la victoria se inclina, así por tierra como por mar, del lado de los bien organizados ejércitos del Mikado. Entre los últimos brillantes éxitos por éstos conseguidos cuéntase la batalla de Ping-Yang y el combate naval de Yalu, por más que en esta última acción el triunfo no fué, al parecer, tan decisivo como en la primera. En esta página publicamos los retratos del almirante Ting que mandaba la escuadra china en el combate de Yalu y que resultó herido, y los de cuatro oficiales del buque de guerra chino *Chih Yuen*, uno de los que en la jornada echaron á pique los japoneses.



HOO-CHANG



SHEH SHU SHANG



SOO HUNG LUNG



HOO KING YUNG

Oficiales del buque de guerra chino «Chih Yuen» echado á pique por un torpedo japonés en el combate naval de Yalu

Leona con sus cachorros, escultura de A. Vallmitjana Abarca. — Vivo está el recuerdo de algunas de las obras de este laborioso escultor, que, como *El cazador de leones*, tanto llamaron la atención de los inteligentes. En todas presentase el Sr. Vallmitjana Abarca vigoroso y elegante, fácil, pudiéramos decir, cual si las saludables enseñanzas de su padre y maestro se confundieran con esa distinción especial que embellece todas sus creaciones. El precioso grupo que reproducimos demuestra una vez más que este joven cuanto inteligente escultor puede ostentar un apellido ya ilustre en el arte escultórico español y que en tiempo no lejano, quizás, pueda convertir en realidades las gratas esperanzas que sus aptitudes hacen concebir.

ELISA

NOVELA ORIGINAL DE GRANT ALLEN. — ILUSTRACIONES DE PAUL HARDY

«Lo único que de ella sabemos con seguridad, decían los diarios á la mañana siguiente, es que la infeliz joven se había asociado con Laminski, á quien se cree el verdadero autor de tan sensible desgracia. Vivían en la misma casa, en el bulevar San Miguel,



Elisa Lothrop

y según parece, trabajaban en el mismo taller. También se dice que entre los dos mediaban relaciones muy cordiales, y hasta asegúrase que ella era su prometida. Ese desastre ha evitado mayores desgracias á la sociedad.»

He aquí cómo los diarios hablan de estas cosas, y las más de las veces sin razón ni conocimiento de lo que dicen.

Vamos á referir la verdadera historia del hecho, en el que figuró como protagonista una linda americana.

De escasa estatura, pero de esbeltas y agraciadas formas, era el perfecto tipo de una de esas niñas de Nueva Inglaterra que por la blancura y transparencia de su cutis y su delicada textura parecen hechas de porcelana. No obstante, se había criado, Dios sabe cómo, en una de las más rústicas granjas del país alto de Vermont, y allí fué donde Elisa Lothrop, que así se llamaba, comenzó á manifestar su inclinación al arte.

Después de su primera infancia, habíala encontrado con frecuencia muy ocupada en hacer dibujos al lápiz, en los cuales complaciase en representar las figuras de los ánaes, de los corderos y gallinas que veía continuamente, así como también de las plantas que le eran familiares en el bosque. Y todo esto lo hacía por instinto, sin la menor enseñanza de ninguna especie y por puro amor á su trabajo.

Cierta día, al pasar por una calle, vió en el escaparate de una tienda varias pinturas italianas; eran vulgares y de muy escaso mérito, pero las contempló con deleite, y desde entonces la inclinación que en ella se había revelado tan precozmente, fué la única cosa que preocupó su ánimo. Había oído hablar del arte como de una cosa seductora y magnífica, que se producía muy lejos de Nueva Inglaterra; tenía grabadas en la mente las pinturas que tanto admirara pocos días antes, y soñó en la posibilidad de hacer algo parecido.

«Quiero conocer esas cosas, se dijo un día, quiero verlas por mis propios ojos y vivir entre ellas.»

Desde entonces comenzó á ser una idea fija para la joven ir á París á estudiar la pintura. De lo que era la gran capital, y de lo que podría conseguir allí, apenas tenía más nociones que las adquiridas en el colegio; pero con esa intuición propia de los americanos, adivinaba que no había mejor centro que París para aprender las artes.

Habló del proyecto á su padre, y éste la escuchó con creciente asombro.

— ¡Estás loca!, contestóle. ¿Es posible que hables formalmente? ¿Qué harías en aquel país, donde tantas revoluciones se promueven? ¿Cómo podrás arreglarte allí sin tener recomendación alguna ni protectores?

— De todos modos, contestó Elisa, esa ciudad es el único sitio donde podré realizar mi sueño; por lo demás, yo sabré abrimme camino. ¡Quiero aprender, aunque mi amor al arte me cueste la vida!

¡Pobre joven, no sabía hasta qué punto debían ser proféticas estas últimas palabras!

Desde aquel momento Elisa no pensó ya más que en la realización de su proyecto, y trabajó mucho á fin de obtener la cantidad necesaria para el viaje. Contaba diez y seis años de edad cuando se reveló en ella la inclinación, y al cumplir los veinte hallábase ya en París, en la populosa ciudad que tantas veces había soñado.

En su cándida inocencia, Elisa Lothrop no podía pensar que la inmoralidad y la corrupción de las costumbres en la gran capital serían peligrosas para ella, y juzgaba muy natural que una joven de veinte



Allí fué donde Elisa comenzó á manifestar su inclinación al arte

años alquilara una pequeña habitación en el quinto piso de una casa del bulevar San Miguel, como tampoco vió inconveniente en presentarse en el taller de Valentín para que se la admitiese como alumna.

Había aprendido un poco de francés en Nueva Inglaterra, siendo su maestro una compañera, que le enseñó á pronunciar más ó menos bien; pero Elisa tenía mucha disposición, y pronto adquirió el acento; de modo que al cabo de tres meses la joven habló el francés con una facilidad que habría asombrado á sus compatriotas.

Valentín, artista muy apreciable, que tenía en su taller á varios jóvenes de ambos sexos, recibió cordialmente á Elisa, cuyo carácter franco le agradó desde luego, y consintió en que su enseñanza comenzase desde aquel mismo día.

Los jóvenes se mostraron muy corteses y atentos con la nueva discípula, á quien miraban sonriendo, algunos de ellos maliciosamente; pero Elisa, recién llegada de los campos de Vermont, no conocía término medio entre su pueblo natal y el bulevar San Miguel, ni sospechaba siquiera que nadie pudiera dirigirle la palabra con segunda intención; consideraba á los jóvenes del taller puramente como compañeros de estudio, como lo eran en su pueblo los muchachos con quienes jugaba en la pradera.

Terminado el trabajo del primer día, Elisa volvió á su pequeña habitación, consintiendo en que la acompañase hasta la puerta de la casa el discípulo más aventajado de Valentín, llamado Estanislao Laminski, que trató á la joven con todo el respeto y las consideraciones debidas á su sexo y á su belleza.

En cuanto á Elisa, apenas estuvo en su habita-

ción entregóse á sus reflexiones. En semejantes circunstancias, una joven inglesa, por ejemplo, hubiera experimentado cierta expresión de tristeza; pero no sucedió así con la linda americana, y muy por el contrario, estaba altamente satisfecha del trato que había merecido. ¡Qué atentos eran aquellos jóvenes artistas y qué bondadoso el maestro! ¡Era una delicia estar en París, donde hombres y mujeres aprendían las artes y donde podía admirar las obras de los más grandes maestros en el Louvre y en el Luxemburgo!

A la mañana siguiente fué la primera en presentarse en el taller. Con su cabello de oro, artísticamente peinado, con su sencillo traje y su inocente expresión, Elisa era un tipo verdaderamente admirable. Las alumnas la miraron con cierta envidia, y acaso más de una con mala voluntad; pero esto no fué más que en los primeros días; antes de terminarse la semana formaron de ella el concepto que justamente merecía, y aunque comprendiendo que su modo de pensar no era tan libre como el de las parisienses, apreciaron en ella su carácter franco y sobre todo su inocencia.

— Esa niña, dijo el maestro Valentín á su discípulo Laminski cuando estuvieron solos, irá muy lejos, porque tiene talento; aunque no sabe nada, aprenderá pronto, y adivino en ella más originalidad que en todas sus compañeras. Es una inocente, y como tal, todos cuantos hay aquí deben respetarla.

Desde los primeros días Laminski ayudó á la joven en cuanto le fué posible; con frecuencia le indicaba los defectos de su trabajo, sobre todo en la parte técnica; corregía sus dibujos y modificaba sus crudas ideas respecto á los colores. Elisa, que solamente quería vivir para el arte, mostrábase dócil como un niño, y comprendiendo que todos aquellos hombres sabían más que ella, atendía á todas sus observaciones.

Y he aquí cómo Laminski comenzó á experimentar una profunda simpatía por la linda americana; comparábala con una delicada flor, y con sus ojos y su corazón de artista no pudo menos de admirar su belleza.

Una noche acompañó á la joven á su casa, y llegados á la puerta, Elisa invitó á su compañero á subir para tomar una taza de te. Laminski vaciló; pero



Los jóvenes se mostraban muy corteses y atentos con la nueva discípula

bien pensado, ¿por qué no había de aceptar aquella inocente invitación?

El cuarto de Elisa no tenía más que tres pequeñas habitaciones, siendo las principales un saloncito muy bien amueblado y la alcoba. La joven hizo seña al

artista para que tomara asiento en el sofá, y al mismo tiempo como viera sobre la mesa una carta, cogióla con rápido movimiento.

— ¡Ah!, exclamó, abriéndola presurosa, es de Ricardo.

— ¿Y quién es ese Ricardo?, preguntó Laminski, mirando fijamente á la joven.

— Es mi hermano, contestó Elisa, sin dejar de leer la carta; me da extensos detalles acerca de la granja, de mi padre y de los conocidos.

Dicho esto, y sin rogar á su compañero que la dis-

Poco después el artista se retiró, y desde aquel día comenzó á murmurar en el taller que Laminski hacía la corte á la pequeña americana. La verdad es que casi diariamente la acompañaba á su casa, invitándola algunas veces á entrar en algún café de los más reputados.

Todos los domingos iban también al Louvre y á Cluny, principalmente con el objeto de ver las pinturas.

Las compañeras de Elisa dirigiéronle varias indirectas, que ella no comprendió, hablándole de cierto

misterioso peligro que podría amenazarla si continuaba sus relaciones con Laminski; pero la joven, escudada siempre en su inocencia, no hizo de sus advertencias el menor aprecio. No veía ningún mal en que un artista la acompañase al café, y por lo tanto no rehusó nunca cuando Laminski la invitaba.

Cierta día, uno de los alumnos del taller, llamado Alfonso, dijo á su amigo Julio en ocasión de estar hablando con él acerca de la americana:

— En cierto modo me alegro, porque veo que Laminski se reforma completamente, renunciando á sus malas costumbres; ya no se le ve horas enteras en los cafés cantantes, y en vez de esto prefiere hacer compañía á Elisa Lothrop. ¡Ya verás cómo al fin se casa con ella!

Entretanto, Elisa proseguía sus trabajos con

afán, y el maestro Valentín estaba muy satisfecho de ella, diciendo con frecuencia que jamás había tenido una alumna que prometiese tanto.

Al fin los alumnos comenzaron á murmurar que si las relaciones de Laminski con la joven continuaban de aquel modo, la linda americana acabaría por comprometerse: las murmuraciones subieron de punto cuando el polaco abandonó su antiguo alojamiento y se fué á vivir en el sexto piso de la misma casa donde habitaba Elisa.

distinguíase también por su inteligencia y su elocuente palabra; y sobre todo, era artista, la mejor recomendación para la joven americana. En cuanto á Laminski, habíase enamorado verdaderamente de su compañera de taller, y al fin llegó á pensar que no encontraría mejor esposa.

Tal vez los dos hacían la misma reflexión; pero nunca habían hablado de ello; parecía que como por convenio tácito debían llegar á ese desenlace.

Elisa admiraba á Laminski; el artista que podía pintar como él, que representaba tan dulces imágenes en el lienzo, debía ser bueno y de nobles sentimientos. Por otra parte, cuando él hablaba, escuchábase con gusto, admirando su estilo elocuente y elegante, sobre todo cuando anatematizaba á los tiranos. Elisa no conocía bien el sentido de ese término europeo; mas pensaba que no indicaría nada bueno; y como Estanislao le dijo que el czar era un monstruo, se confirmó en su opinión.

Una ó dos veces á la semana, Laminski tenía costumbre de salir por la noche, ya tarde, y en tales ocasiones Elisa preguntábase qué sociedad frecuentaba. El polaco, sonriendo siempre, contestaba que iba á ver á los amigos de la libertad. La joven ignoraba quiénes eran aquellos señores y qué se proponían; pero supuso que se trataba de alguna empresa benéfica para emancipar al pueblo de Polonia, comoviendo á los gobernantes rusos; y sin pensar ya más en ello, continuó sirviendo de modelo á Estanislao y dedicándose al mismo tiempo á su propio trabajo.

Algún tiempo después, hallándose aún Elisa en el taller del maestro Valentín, y cuando Laminski reflexionaba sobre los medios que debería adoptar para casarse, todo París se alborotó cierta mañana al saber que un anarquista había arrojado una bomba. Esto sucedía por primera vez desde la llegada de Elisa, y cuando se le refirió lo sucedido, sorprendióle mucho que hubiese hombres capaces de semejante barbarie.

En el taller del maestro Valentín se habló mucho aquel día del suceso; opinábase en general que era preciso que el gobierno procediera con mano fuerte; que se debía prender á todos los anarquistas y arrojarlos en una hoguera, ó bien descuartizarlos en la plaza de la Concordia. Solamente Laminski guardó silencio, encogiéndose de hombros, y al parecer no le había sorprendido ni alarmado la noticia. Sin embargo, preguntó con cierto interés quiénes eran las personas detenidas, y cuando trajeron el diario, examinóle detenidamente y leyó los nombres y señas de tres obreros á quien se había conducido á la prisión por sospechosos.

En cuanto á Elisa, aquella noche habló con horror en su casa de lo que había ocurrido.

— Eso de arrojar una bomba explosiva en un sitio descubierto, donde se puede hacer daño á tantas personas, es para mí un acto odioso, y quisiera que prendiesen al infame que lo ha cometido.

Laminski miró á la joven fijamente.

— Hija mía, díjole con acento cariñoso, usted no comprende estas cuestiones de política. Hija del pueblo, nacida para el trabajo, pero en una tierra libre, no es extraño que condene á los que cree culpables, sin conocer la causa que les induce á obrar.

— Pero Estanislao, repuso Elisa, ¿es posible que apruebe usted el proceder de esos miserables que así privan de la vida á mujeres inocentes y niños?

— No comprende usted esas cosas, hija mía, repuso; pero cuando haya vivido algún tiempo más en Europa y tenga tiempo suficiente para exponerle mis ideas, ya considerará la cuestión desde otro punto de vista. ¿De qué serviría discutir ahora? Más vale que se siente usted para que yo pueda adelantar un poco mi Genoveva.

En las semanas siguientes, á pesar de lo que Laminski había dicho, Elisa no pudo desechar una profunda inquietud. Para ella era horrible la idea de que un hombre como Estanislao, á quien creía incapaz de hacer el menor daño á nadie, defendiese los odiosos crímenes de los detestables anarquistas, y hasta apadrinase en cierto modo la perpetración de tan infames actos.

Elisa observó además que durante las siguientes semanas Laminski salía con más frecuencia por la noche para asistir á sus reuniones y que á su habitación del sexto piso subían con todo el misterio posible hombres de aspecto muy extraño. Con este motivo hizo varias observaciones á Estanislao; pero éste sonreía siempre, contestando que haría todo lo posible para evitar los actos que la joven deploraba.



Terminado el trabajo del primer día, Elisa volvió á su casa, acompañada de Estanislao Laminski

pensase, siguió leyendo hasta el fin, y luego dejó la misiva sobre la mesa. Esta sencillez tan natural pareció deliciosa á Laminski.

— Mi hermano me habla de mis animales favoritos, dijo Elisa; me anuncia que nuestro vecino se ha roto un brazo, y que el mozo de labranza Bidy se casará muy pronto.

— A ustedes, los rusos, dijo la joven como para reanudar la conversación, les parecerá sin duda que nosotros los americanos somos gente muy extraña; pero ya comprenderá que cada pueblo tiene su modo de pensar y sus costumbres propias.

Al oír estas palabras, Laminski hizo un brusco movimiento y sus facciones tomaron cierta expresión de enojo.

— ¡Señorita!, exclamó.

— ¿He dicho algo que pueda resentir á usted? Seguramente no puede ofenderle que los americanos amen á su país...

— Es muy natural, pero ¿por qué me trata usted á mí de ruso?

— Juzgando por el nombre, pensaba que usted lo era. ¿No es ruso el apellido Laminski?

— A Dios gracias, no, señorita. Yo soy polaco, y como todos mis compatriotas, odio á Rusia. Llámeme usted chino, si le parece, ó negro, ó mono; pero no ruso.

— Pero ¿no es el czar el emperador de ustedes?, preguntó Elisa con su expresión inocente.

Laminski hizo un esfuerzo para reprimir una interjección malsonante, y después explicó á la joven en breves palabras, pero en términos bastante vigorosos, el sentimiento que entonces predominaba entre polacos y rusos. Elisa le escuchó con la mayor atención é interés, pues su mayor deseo era aprender cuanto le fuese posible, aprovechando la gran disposición que para ello tenía.

— Pues entonces, dijo á su compañero después de una pausa, será usted católico.

El artista miró á la joven con expresión de sorpresa.

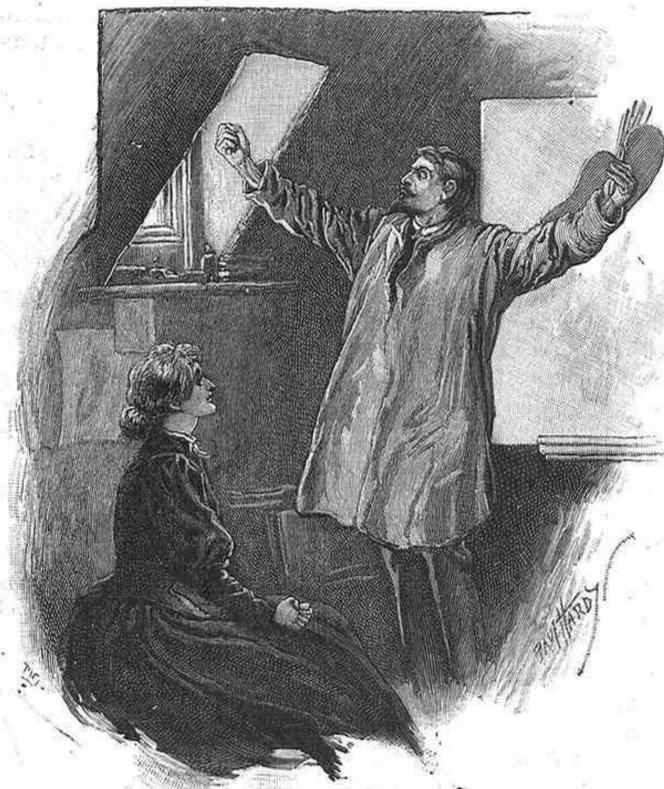
— Yo profeso la religión que usted prefiera, repuso cortésmente, exceptuando la de los malditos rusos.

— Crea usted que no comprendo bien lo que quiere decir.

Laminski se sonrió de nuevo.

— ¿Quiere usted tomar una taza de té?, dijo Elisa como para cambiar de conversación.

— Gracias, señorita, contestó el polaco; es usted muy bondadosa; pero yo no acostumbro á tomar té; he bebido mucho cuando era muchacho, y siempre me pareció algo insípido.



Elisa admiraba su estilo elegante y elocuente sobre todo cuando anatematizaba á los tiranos

Allí resolvió dedicar sus horas de ocio á pintar una gran composición histórica, en la que debía figurar Santa Genoveva, y para esto rogó á Elisa que le sirviese de modelo.

Dadas todas las circunstancias de que hemos hecho mención, ¿qué tenía de extraño que la bella americana se enamorase de Estanislao Laminski? El polaco tenía por su físico muy apreciables condiciones;

Así las cosas, transcurrieron algunos días, y con gran satisfacción la joven creyó notar que Estanislao la escuchaba con más atención cuando ella procuraba demostrarle que era una perversidad emplear como



Laminski llevaba en la mano una cestita con mucho cuidado

arma la dinamita. Pensó que al fin había conseguido hacerle desistir de sus relaciones con los amigos de la libertad, y esto la tranquilizó un poco.

Sin embargo, cierto día ocurrió un ligero incidente que de nuevo alarmó á Elisa. Era una magnífica tarde de la primavera, y la joven se asomó á la ventana para mirar el bulevar, donde los castaños comenzaban á florecer. De improviso vió á Estanislao doblar la esquina de la calle, acompañado de un hombre con quien hablaba animadamente, y observó á los dos con la mayor atención. Laminski llevaba en la mano una cestita con mucho cuidado, y cuando oyó que los dos hombres subían la escalera, impelida por su curiosidad, acercóse á la puerta, la abrió maquinalmente y al dar las buenas noches á Laminski éste levantó el brazo para saludar; pero de pronto palideció al notar que había faltado muy poco para que la cestita se le cayese de la mano.

Su compañero, por fortuna lo evitó cogiéndola oportunamente, no sin hacer un ademán de horror á la vez que de enojo. Después dijo algo en polaco, que Elisa no comprendió; pero supuso que le decía: «¡Tenga usted cuidado, torpe!»

El desconocido permaneció dos horas en la habitación del polaco, y aunque Elisa escuchó con la mayor atención, no le fué posible oír ni una sola palabra, lo cual le pareció muy extraño, pues cuando otros amigos venían á visitar al artista, hablaban siempre lo bastante alto para que no se perdiera ni una sola de sus frases, aunque no se fijara la atención. En su consecuencia era preciso que departieran en voz muy baja. ¿Qué tramarían?

Al fin oyó que la puerta de la habitación de Estanislao se abría; los dos hombres se dieron las buenas noches, y todo volvió á quedar en silencio.

Entonces Elisa no pudo reprimir más tiempo su impaciencia; subió ligera y silenciosamente al sexto piso, y llamó á la puerta de Laminski con mucha suavidad. Nadie contestó y siguióse una pausa; pero después se entreabrió aquella, muy poco á poco, aunque solamente lo preciso para que á través de la abertura Elisa pudiese ver un rostro pálido y descompuesto, tan pálido, que la joven se espantó. ¿Era posible que las facciones de Laminski se alteraran hasta el punto de no reconocerle apenas? Pero esto fué cosa de un segundo, pues cuando Estanislao vió quién llamaba, sus mejillas se colorearon al momento, sonrióse y profirió una carcajada, aunque algo violenta, como la que se produce en el instante de la reacción después de experimentar algún terror.

— ¡Ah!, exclamó ocultando rápidamente alguna cosa en el cajón de su mesa, ¿usted por aquí? Esto es una sorpresa; creí que era el portero quien llamaba,

para pedirme el importe del alquiler, que no tengo preparado aún.

Elisa miró fijamente á Estanislao, y pudo comprender que no decía la verdad; pero su propia dignidad aconsejábale aparentar que lo creía.

— Estanislao, repuso, *es preciso* que me diga usted qué llevaba en aquella cestita cuando subía por la escalera con el hombre que ha estado aquí.

— Querida amiga, contestó Laminski, fijando en la joven una mirada que tanto tenía de cariñosa como de burlona, Eva se perdió por la curiosidad, y este es un defecto que á veces puede ocasionar graves disgustos.

Y atrayendo á Elisa hacia sí, estampó un beso en su pálida frente. La joven huyó presurosa con el corazón angustiado, y fué á encerrarse en su habitación, que le pareció más triste en aquel momento. Por primera vez en su vida, desde su llegada á París, echó de ver la soledad en que vivía. ¡Oh! ¿Por qué había abandonado su tranquilo Vermont y sus queridos prados para ir á estudiar el arte en la terrible Europa?

Elisa no pudo cerrar los ojos en toda la noche; mas á pesar de todo, nunca sospechó ni por un solo instante la verdad; sólo sabía que Estanislao tenía algún grave secreto que no quería revelar.

El día siguiente era domingo. Laminski había dicho á la joven que estaría muy ocupado aquella mañana, y Elisa vigiló desde la ventana para verle salir,



Y atrayendo á Elisa hacia sí estampó un beso en su pálida frente

pues sin saber por qué, sentía una inquietud y agitación indecibles.

Al fin oyó sus pasos por la escalera; pero el artista, en vez de acercarse á la puerta, según su costumbre, para dar los buenos días á la joven, pasó rápidamente y salió á la calle. Llevaba algo en el bolsillo de su levita, y parecía temeroso de romperlo.

El corazón de Elisa dejó de latir un momento. ¿Qué proyectaba Estanislao y adónde iría?

No tenía la joven americana el carácter más propio para vacilar sobre lo que debería hacer y estar en suspenso largas horas, y así es que, corriendo á su alcoba, se puso el sombrero y precipitóse fuera de la casa en pos de Estanislao.

Pero Laminski no iba al parecer muy de prisa; avanzó por la calle poco á poco, eligiendo siempre los sitios por donde pasaba más gente y evitando al parecer el contacto con los transeúntes. Elisa le seguía, ocultándose á veces detrás de algunos árboles que flanqueaban el bulevar, cuando Estanislao volvía la cabeza para mirar á su alrededor cautelosamente. Ni aun entonces pudo Elisa comprender de qué se trataba; en su inocencia, érale imposible suponer que un hombre que la había tratado siempre tan afectuosamente fuera capaz de cometer un crimen.

Laminski cruzó el puente de San Miguel, dirigiendo una mirada indiferente á la iglesia de Nuestra Señora, y después se encaminó hacia los muelles, en dirección al Louvre. En la esquina de la calle de San German l'Auxerrois paseábase de un lado á otro el sujeto que había estado en la habitación del artista hablando con él dos ho-

ras; Elisa le reconoció al punto y pudo notar que los dos hombres se hacían una señal de inteligencia.

De pronto Laminski se dirigió hacia las puertas de la iglesia de San Germán sacando de su bolsillo una botellita, que en parte ocultaba entre el índice y el pulgar de la mano izquierda, y volviendo después la cabeza, fijó en el otro hombre una mirada de triunfo, que parecía decir: «¡Vea usted cómo cumplo mi promesa!» En el mismo instante, el polaco vió á Elisa; su mano tembló y sus mejillas palidieron.

Elisa no pudo contenerse; quería saber qué significaba todo aquello y se precipitó con ademán suplicante hacia el hombre que amaba.

Laminski tenía en la mano una especie de cilindro de hierro, y al sentir que los brazos de la joven le estrechaban, quiso desasirse.

— ¡Tenga usted cuidado, gritó con voz ahogada, y aléjese de aquí cuanto le sea posible! Si este cilindro estalla, la muerte será inevitable, y no está destinado para la mujer á quien adoro.

Poseída de horror, Elisa cogió la mano del polaco.

— ¡Estanislao, gritó fuera de sí, no quiero que cargue su alma con el peso de tan espantoso crimen! ¡Aunque yo muera, salvaré á los demás, y sobre todo á usted!

Al pronunciar estas palabras, arrancó el cilindro de las manos de Laminski.

— ¡Elisa, Elisa!, gritó Estanislao, ¡ángel mío, arroje usted eso lejos de sí!

Pero la joven precipitóse resueltamente en el espacio libre que había entre San Germán y el Louvre.

La multitud, alarmada por los gritos de Elisa, retrocedió á izquierda y derecha; mientras que Estanislao, corriendo detrás de aquella, trataba de arrancar de su mano el cilindro fatal.

Pero en el mismo instante la joven lo arrojó contra el suelo á la mayor distancia posible de la gente que observaba aquella escena, poseída de espanto.

«Suceda lo que quiera, pensó, salvaré vidas inocentes, y sobre todo á un alma culpable.»

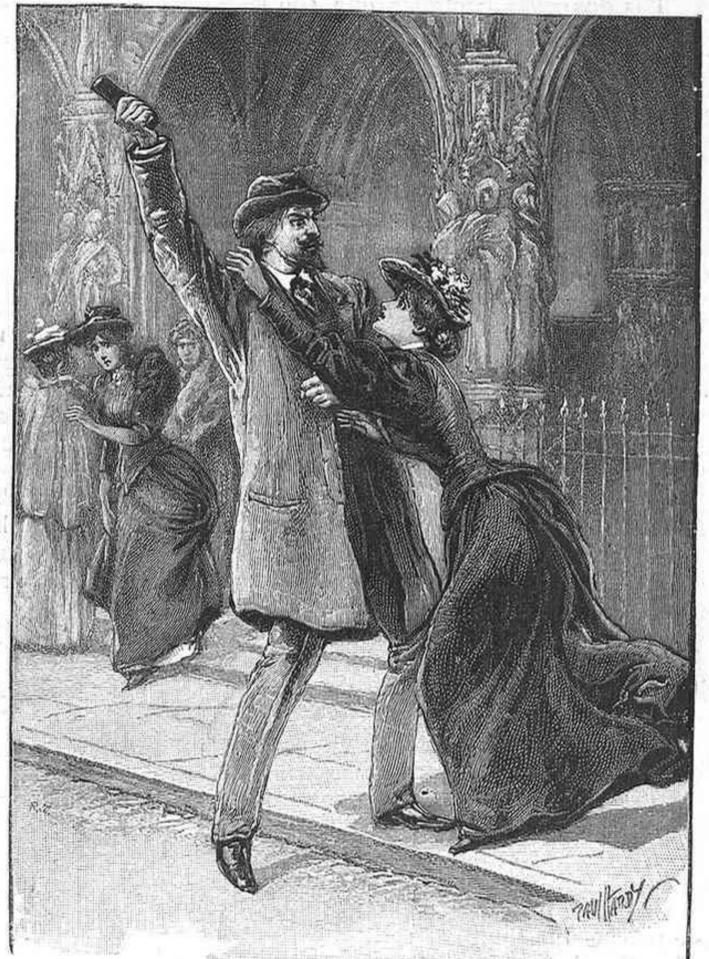
Y apenas acababa de hacer esta reflexión, vióse brillar como un relámpago entre una blanca nube de humo denso.

Cuando la nube se hubo desvanecido, viéronse en el suelo varios fragmentos de hierro, y dos cuerpos completamente desfigurados.

Laminski y Elisa habían dejado de existir; pero nadie más sufrió el menor daño.

Y sin embargo, los diarios de la mañana que siguió, decían:

«Era una joven que trataba de incendiar el Lou-



¡Estanislao, gritó Elisa, no quiero que cargue su alma con el peso de tan espantoso crimen!

vre; pero á consecuencia de una disputa con su cómplice momentos antes de arrojar la bomba, estalló ésta prematuramente.»

TRADUCCIÓN DE E. L. VERNEUIL

SECCION CIENTÍFICA

NUEVO PUENTE PROYECTADO
SOBRE EL HUDSON

El día 6 de junio último el presidente de la república de los Estados Unidos firmó la ley referente á la construcción de un puente sobre el Hudson que ha de poner en comunicación á Nueva York con Jersey City, aprobando para ello el proyecto presentado por la *New York and New Jersey Bridge Company*, con la condición de que la construcción del referido puente ha de quedar terminada dentro de diez años.

En vista de los resultados poco satisfactorios que al cabo de algún tiempo de uso han dado los puentes colgantes como el que hay en el East River (río del Este), entre Nueva York y Brooklyn, se ha acudido á un nuevo sistema de construcción mucho más sólida para los puentes de grandes dimensiones.

Al igual que el puente del Forth, en Escocia, el del Hudson se construirá según el sistema de los cantilevers, pero su tramo principal será mucho mayor que el de aquél. El puente del Hudson, al igual que el del East River, constará de un tramo principal ó central y de dos laterales:

el primero, medido entre los centros de las pilas, tendrá una longitud de 701 metros; el del Forth sólo tiene 521 y el de Brooklyn 488. La longitud total del puente será de 1.255 metros.

Las dos pilas centrales, que son las principales, consistirán cada una en cuatro puntales angulares de acero cuya sección horizontal será un cuadrado de 4'57 metros de largo y se elevarán en curvas parabólicas hasta 162'5 metros sobre la superficie del agua en la pleamar: á esta altura la distancia entre ellos, que en la base será de 61 metros, quedará reducida á 24'4. Al extremo de estos puntales se colocará un adorno que los termine y que aumentará la altura de los mismos hasta 171'6 metros.

Cada uno de esos cuatro puntales angulares descansará sobre un cono sostenido por un tubo de acero de 24'4 metros de diámetro, que será el fundamento propiamente dicho y tendrá una longitud suficiente para que pueda hundirse hasta 64 metros debajo del nivel del agua en la pleamar: el interior de este tubo se rellenará con betón y cemento. Las líneas centrales de esos cuatro tubos-cimientos constituirán en un plano los ángulos de un cuadrado de 61 metros de lado.

El tablero del puente estará á 45'7 metros sobre el nivel del agua, es decir, 4'5 metros más alto que el del puente de Brooklyn. En vez del cable de alambres de que éste cuelga habrá en el Hudson unos cuerpos formados por 48 tablillas de 30 centímetros de altura y 8 de espesor, lo que da una anchura de unos 3'8 metros.

Los dos tramos laterales tendrán una longitud entre los centros de pila de 277 metros. Esas pilas de las orillas, sobre las cuales descansarán los extremos de los tramos del puente, serán huecas para recibir los pesos que penderán de los extremos de los tramos para hacer fuerza sobre éstos y establecer el equilibrio con la parte del tramo central, mucho más larga y pesada, que junto con el tramo lateral correspondiente habrá de sostener la misma pila central. Este contrapeso tendrá que contrarrestar un peso de 13'6 millones de kilogramos.

Por el lado de Nueva York habrá un trozo de puente terrestre de 320 metros de longitud; por el de Nueva Jersey las pilas extremas estarán en la orilla.

El puente por su situación constituirá la prolongación de la calle 69 de Nueva York y se llegará á él por medio de rampas.



Fig. 1. - Nuevo puente proyectado sobre el Hudson en Nueva York

El tablero del puente no servirá para coches ni peatones, sino que estará exclusivamente destinado al tráfico ferroviario, para lo cual habrá en él seis rieles.

Los trenes que se ven reproducidos en la figura 2 y que están dibujados en las dimensiones proporcionales al puente permiten formarse por comparación una idea de la extraordinaria magnitud del mismo.

(Del *Prometheus*)

**

BRÚJULA PARA LOS ELECTRICISTAS

Tropiezan los electricistas con grandes dificultades cuando se encuentran delante de una dinamo queriendo determinar la dirección del flujo de fuerza de la misma. Si no quieren formular algunos cálculos es preciso que se procuren una brújula y que observen en qué sentido acciona la aguja imanada. También se necesita la brújula cuando se trata de conocer la dirección del flujo de fuerza producido por una corriente alrededor de un conductor rectilíneo. Pero la brújula común no basta para estos experimentos, pues la opacidad de su caja metálica perjudicaría á la observación.

Para obviar este inconveniente, la fábrica de Son-

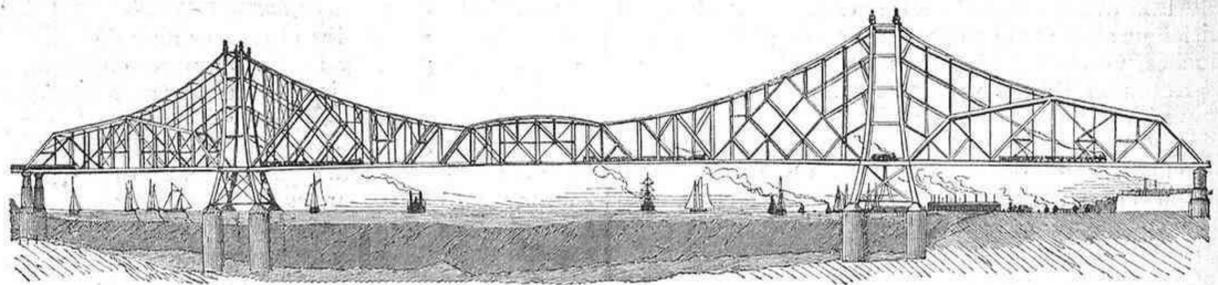


Fig. 2. - Vista longitudinal del nuevo puente proyectado sobre el Hudson

ceboz, en Suiza, ha construído recientemente una brújula especial, á la que ha dado el nombre de sonda magnética.

Este aparato se compone esencialmente de una aguja imanada, en la que el polo Norte está marcado en azul y que va montada sobre un eje sostenido á su vez entre dos puntas fijadas en dos partes metáli-

cas paralelas en forma de sectores. El todo está colocado entre dos cristales paralelos y tiene la forma ordinaria de un reloj.

Si colocamos el aparato en un flujo de fuerza de dirección determinada, la aguja sufre inmediatamente una desviación y pronto se inmoviliza teniendo el extremo Sur dirigido hacia el Norte de nuestro imán. El aparato da también indicaciones cuando se trata de un campo magnético poco intenso ó colocado á alguna distancia.

La sonda magnética puede además servir para denunciar la presencia de una corriente de algunos miliamperes que atraviese un conductor cuando esté cerca de la misma.

Esta última propiedad del aparato puede ser utilizada en la industria en muchas circunstancias: se puede, por ejemplo, buscar los puntos de contacto con la masa en los circuitos de una máquina, poniendo para ello un extremo del hilo de la anilla en comunicación con la corriente y el otro con la masa. Si existe un punto de contacto, se cerrará el circuito, pasará la corriente y la brújula indicará en seguida una desviación.

Asimismo podrá utilizarse la sonda como indicador de tierra en una red de distribución, y en

otros muchos casos, especialmente en las visitas de canalizaciones interiores de abonados.

En resumen, la brújula especial llamada sonda magnética es un aparato sencillo, barato, de una sensibilidad suficiente y de un empleo fácil, que podrá prestar en la práctica verdaderos servicios á los electricistas.

J. LAFARGUE

**

LA MADERA DE JARRAH

Esta madera, de la que hace algún tiempo se viene hablando, es producto de un árbol de la familia de las mirtáceas, el *Eucalyptus marginata*. Por su color encarnado parece mucho á la caoba, por lo cual designábase á menudo con el nombre de caoba de Australia.

Pocas maderas reúnen tantas y tan buenas condiciones como esta que nos ocupa y que se puede utilizar con ventaja, no sólo en ebanistería, sino que también en carpintería y en las construcciones navales.

Los eucaliptos forman en Australia inmensos bosques hasta hoy no explotados y su precio no es ma-

yor que el de nuestras maderas indígenas. Su resistencia al aplastamiento es muy superior á la del roble, siendo de la misma densidad que éste, ó sea de unos 350 kilogramos por centímetro cuadrado de superficie; su resistencia á la ruptura por extensión ó tracción no es menos considerable, pues por término medio es de 890 kilogramos por centímetro cuadrado.

Una de las particularidades de esta madera es su resistencia á los parásitos, y las terribles hormigas blancas no le causan el menor daño. Además resiste perfectamente á los ataques del gusano de los buques (*Teredo navalis*), por lo que su uso se recomienda muy especialmente para las construcciones navales, citándose ejemplos de pedazos de esta madera que han permanecido indemnes en el agua de mar veintitrés y hasta treinta y seis años.

Es muy flexible y se dobla fácilmente sin quebrarse: un listón de 50 centímetros de longitud por 5 centímetros cuadrados de sección no se rompe sino suspendiendo en el centro un peso de 1.400 kilogramos: sabido es que para romper un listón igual de roble bastan 900 kilogramos.

En Australia y en Inglaterra empléase desde hace mucho tiempo la madera de Jarrah en la construcción de muebles, entarimados, puertas, traviesas de ferrocarril, pilotes, postes telegráficos, botes de recreo, grandes buques, etc.

En Francia se usa también desde hace poco tiempo para los suelos de las calles, y sus excelencias para esta aplicación son tales, que siempre presenta una

superficie lisa y uniforme, no siendo necesaria ninguna reparación.

Finalmente la madera de Jarrah tiene la ventaja de ser muy poco inflamable.

**

LA FUERZA MOTRIZ EN PFORZHEIM

La pequeña ciudad de Pforzheim, en el gran ducado de Baden (Alemania), cuenta con un número muy considerable de obreros dedicados á la fabricación de joyas y de relojes que construyen en sus casas diferentes piezas que luego entregan á las grandes fábricas de las cercanías.

Estos obreros para mover sus máquinas, tales como tornos, pulimentadores, etc., tienen por consiguiente necesidad de motores de débil potencia que exigiendo poco gasto de explotación estén siempre dispuestos á funcionar sin dificultad.

Sólo el motor eléctrico podía resolver el problema de un modo satisfactorio, y por esto la ciudad de Pforzheim ha confiado á un hábil ingeniero electricista, el doctor O. May, la instalación de una distri-

bución de energía eléctrica para hacer funcionar principalmente los motores eléctricos en las casas de los abonados y alimentar varios aparatos de alumbrado.

La instalación, que está á punto de terminarse, comprende una estación secundaria, en donde hay dos motores eléctricos que accionan cada uno una dinamo y una batería de acumuladores Tudor. La canalización con tres alambres que arranca de esa fábrica está en parte formada por alambres desnudos aéreos sostenidos por aisladores de porcelana y en parte de cables dobles colocados directamente en tierra.

La estación secundaria está alimentada por una estación principal, situada á dos kilómetros, que contiene una locomóvil de vapor Wolf Buckau de Magdeburgo de 120 á 140 caballos, un motor de gas de 100 á 125 caballos como reserva y dos dinamos Schuckert de 110 volts. Apenas está terminada la primera instalación y ya hay abonados unos 400 motores, algunos de una potencia de 730 watts, otros de 360, y 250 de menos de 50.

(De La Nature)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTEPHÉLIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 para ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS FRECOGES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES
 y conserva el cutis limpio y terso

SALICILATOS DE BISMUTO Y CERIO
 DE VIVAS PEREZ
 Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina.
 Recomendados por la Real Academia de Medicina.



CURAN inmediatamente como ningún otro remedio empleado hasta el día, toda clase de Indisposiciones del Tubo Digestivo, Vómitos, Diarreas de los Tísicos, de los Viejos, de los Niños, y del público tanto favor por sus buenos y brillantes resultados, que de las Embarazadas y de los Niños, son la admiración de los enfermos.

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS DEL MUNDO.

España, Almería, Laboratorio Vivas Pérez, de donde se envían muestras á quien las pida.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Alivia y Cura CATARRO,
 BRONQUITIS,
 OPRESION
ASMA
 y toda afección
 Espasmódica
 de las vías respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata.
 J. FERRÉ y Cia, N.º 102, R. Richelieu, París.

EL APIOL
 DE LOS DOCTORES
JORET Y HOMOLLE
 REGULARIZA LAS EPOCAS.
 IMPIDE LOS DOLORES,
 RETRASOS, SUPRESIONES, &
 DÓISIS: una ó dos capsulas mañana y tarde.
 FRASCO 2/60.-TODAS FARMACIAS.
 PARA EVITAR LA FALTA DE ÉXITO, EXIJIR EL APIOL DE LOS DOCTORES JORET Y HOMOLLE
 MEDALLA de ORO, Exposición de ANVERS 1894.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D'CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. - de PEPSINA BOUDAULT
VINO. - de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D.º FRANCK
 Estreñimiento,
 Jaqueca,
 Malestar, Pesadez gástrica,
 Congestiones,
 curados ó prevenidos.
 (Etiqueta adjunta en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY
 91, rue des Petits-Champs.
 En todas las Farmacias de España.

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS
JAQUECAS y NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm.º 114, Rue de Provence, en PARIS
 En MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito
Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grageas de BERTOTINA BONJEAN
 NEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica.
 Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
 Medalla de Oro de la S.ª de F.ª de Paris
 LABELONYE y Cia, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

CARNE, HIERRO y QUINA
 El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociacion de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Impobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El Vino Ferruginoso de Aroud es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y descolorida: el Vigor, la Coloracion y la Energía vital.
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias
 El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de aboboles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

VELOUTINE FAY POLVO DE ARROZ EXTRA preparado con bismuto
 El mejor y mas célebre polvo de tocador
 por Ch. Fay, perfumista
 9, Rue de la Paix, PARIS



Leona con sus cachorros, escultura de A. Vallmitjana Abarca

ENFERMEDADES DEL **ESTOMAGO** PASTILLAS y POLVOS **PATERSON**

con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.— PREGIO : 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Pildoras y Jarabe DE **BLANCARD**

Con Ioduro de Hierro Inalterable.

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
RAQUITISMOS
ESCRÓFULOS
TUMORES BLANCOS, etc., etc.

Exigirse la Firma y el Sello de Garantia.— Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

Solucion **BLANCARD** y Comprimidos de Exalgina

JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS
DOLORES DENTARIOS, MUSCULARES,
UTERINOS, NEURALGICOS.

El mas activo, el mas inofensivo
y el mas poderoso medicamento.
CONTRA EL DOLOR

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Depósito en todas las Farmacias

PARIS, 31, Rue de Seine.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEHAUT** DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

GRAJEAS DEMAZIÈRE

CÁSCARA SAGRADA
Dosadas á 0 gr. 125 de Polvo.
Verdadero específico del

ESTREÑIMIENTO
HABITUAL

PARIS, G. DEMAZIÈRE, 71, Aven. de Villiers.—Nuestras grátias á los Médicos.
Depósito en todas las principales Farmacias.

IODURO de HIERRO y CÁSCARA
0 gr. 10 de Ioduro, 0 gr. 03 de Cáscara.

El mas **ACTIVO** de los **FERRUGINOSOS**
No produce estreñimiento.

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al **Bromuro de Potasio**

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Espediciones : J.-P. LAROZE & C^o, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

CARNE y QUINA El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico. **VINO AROUD con QUINA**

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA! son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la *Anemia* y el *Apocamiento*, en las *Calenturas y Convalecencias*, contra las *Diarreas* y las *Afecciones del Estómago y los Intestinos*. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al *Vino de Quina de Aroud*.

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la firma **AROUND**

PÂTE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero) Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN